

REVISTA EUROPEA

TOMO DUODÉCIMO

SEGUNDO SEMESTRE DE 1878.



MADRID
REDACCION Y ADMINISTRACION
CAMPOMANES, NÚM. 8, PRINCIPAL.

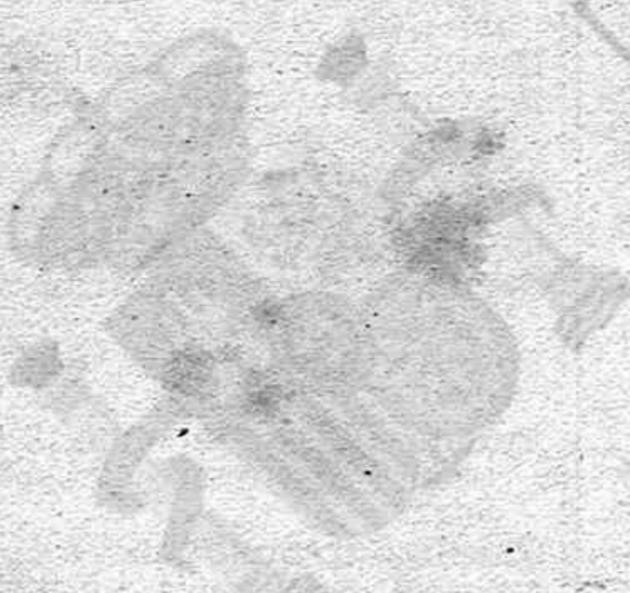
REVISTA

EUROROPA

TOMO TRIGÉSIMO

SEPTIEMBRE DE 1995

MINISTERIO DE CULTURA



REDACCION Y ADMINISTRACION

ÍNDICE DEL TOMO DUODÉCIMO.

- A. (F. de P.).—Bibliografía.—Marcos de maderas para la construcción civil y naval.—319.
- Alas (Leopoldo).—El derecho y la moralidad.—260, 292, 326, 360, 399, 437, 461, 437 y 532.
- Aramburu (Félix).—Lola Lee.—667 y 729.
- Arana (Vicente).—Ochoa de Marmex.—Leyenda.—25.
- Balaca (Luis).—Al Arte.—Oda.—31.
- Barrera (Pedro M.).—Quebras del oficio.—Comedia en un acto y en verso.—412 y 443.
- Con marido y sin marido, comedia en un acto y en prosa, imitación del francés.—813.
- Beltran y Rózpide (Ricardo).—Historia de la filosofía griega.—Escuelas anteriores a Sócrates.—10.
- Escuela Jónica.—33 y 74.
- Escuela Pitagórica.—101 y 149.
- Escuela eleática.—167.
- Empedocles de Agrigento.—213.
- Escuela atomística.—235.
- Los sofistas.—306.
- Blasco (Eusebio).—Relación de viaje.—29.
- Bois-Reymond.—La historia de la civilización y la ciencia de la naturaleza.—257, 321, 335, 417, 458 y 481.
- Bonghi (Ruggero).—Leon XIII y la Italia.—161, 205, 223, 274, 330, 357, 495, 677, 714, 744 y 783.
- Botet y Carreras (Domingo).—Transformaciones cósmicas y nueva teoría de la formación de la tierra.—234, 345 y 404.
- Caccianiga (A.).—Una casita pobre.—Estudio del natural.—84.
- Castelnuovo (Enrico).—La pierna de Juanito.—19 y 51.
- La confesión de Dorotea.—117.
- Duverney (P.).—Crónica científica.—La Academia de ciencias.—Un incidente lamentable.—M. Bouilland y M. del Moncel.—La teoría mecánica del calor.—Del papel fisiológico de la urea.—Nueva batería eléctrica de bicromato de potasa.—La divisibilidad hasta lo infinito de la luz eléctrica.—La conservación del pescado por presión hidráulica.—567.
- Crónica científica.—El daltonismo y los daltonianos.—La ciencia y los *stradivarius*.—Un motor de ácido carbónico.—El movimiento continuo.—La utilización del calor solar.—Los teléfonos sin placa vibrante y sin electro-iman.—Las filoxeras aladas.—Los ruidos del corazón.—La higiene de los mineros.—El observatorio de Polkowa.—Las inundaciones del Tíber y el régimen de este río.—La fuerza de penetración de los proyectiles.—Relación de esta fuerza con el diámetro del proyectil y su velocidad.—733.
- Crónica científica.—La acción anestésica del protóxido de azoe; nuevos experimentos de M. Bert; aplicación a la cirugía.—Los Lapones del Jardín de aclimatación; caracteres que determinan su tipo, en oposición con las descripciones generales de la raza.—Teorías de la fermentación; procedimientos prácticos de M. Tellier para la conservación de las sustancias alimenticias de origen animal.—Efectos tóxicos del alcohol metílico.—El condensador cantante; nuevos experimentos y el aparato de M. Gaiffe.—792.
- Espinas (M.).—La filosofía social.—801.
- Fastenrath (Juan).—Los pintores Federico Preller y Felipe Veit.—408.
- El traductor Wotf, conde de Baudissin.—El teatro del duque de Meiningen.—664.
- Cosas bismarckianas.—753.
- Fernandez y Gonzalez (Manuel).—Soneto.—25.
- Fochier (Luis).—Los tres primeros años del niño.—510.
- Fuentes (J.) y Solsona (C.).—Voz del pueblo.. parodia del drama *La opinión pública*.—600 y 633.
- García Barzanallana (José).—El derecho diferencial en Ultramar.—516.
- Gidel (C.).—Estudio sobre la Grecia de la Edad Media.—Atenas a fines del siglo XII.—583.
- Girard de Rialle.—El fetiquismo.—353, 449 y 513.
- Gomez de Arteche (José).—Mahon.—612, 641, 634, 720, 754, 773 y 806.
- Guijarro (Ricardo).—¡¡¡La mar!!! poesía.—191.
- Gallon (Pio).—Siempre, estudio psicológico.—673.
- Haeckel (Ernesto).—Sentido y significación del sistema genealógico ó teoría de la descendencia.—1.
- Justificación de la teoría de la descendencia.—Historia de la creación, según Lineo.—43.
- Historia de la creación, según Cuvier y Agassiz.—65.
- Teoría evolutiva de Goethe y de Oken.—107.
- Teorías evolutivas de Kant y de Lamarck.—129.
- Teorías evolutivas de Lyell y de Darwin.—174.

- Teoría de la selección.—Darwinismo.—193.
- Herencia y reproducción.—241.
- Leyes de la herencia.—Adaptación y nutrición.—265.
- Leyes de la adaptación.—297.
- La selección natural verificada por la lucha por la existencia.—La división del trabajo y el progreso.—334.
- Teoría evolutiva del universo y de la tierra.—Generación espontánea.—Teoría del carbono.—Teoría de los plástidas.—392 y 431.
- Emigración y distribución de los organismos.—La corología y la edad glacial de la tierra.—467.
- Períodos y archivos de la creación.—518.
- Leyes del desarrollo de los grupos orgánicos y de los individuos.—Filogenia y ontogenia.—364.
- Hernández Guasco (Andrés).**—Una broma de Carnaval, poesía.—224.
- Huxley (T. H.).**—El estudio de la biología.—97 y 146.
- Jiménez de la Espada (M.).**—La imprenta en México.—216.
- Jimeno Agius (José).**—Los nacimientos ilegítimos en España y en el extranjero.—545.
- Lafuente (Vicente de la).**—Publicaciones españolas sobre la historia del siglo XVI.—Respuesta al artículo de H. Baumgarten.—15.
- Legouvé (E.).**—El arte de la lectura.—694.
- Leveigy.**—El socialismo en Alemania.—609 y 647.
- Loyson (Jacinto).**—La reforma religiosa.—Procausa católica.—549.
- Lustonó (Eduardo).**—La vida íntima en Turquía.—77.
- Marín Baldo (J.).**—El condenado mayor.—89 y 119.
- Medina (Ricardo).**—La moneda en la antigüedad.—13.
- El lujo en la historia.—537.
- La emancipación de la mujer en Inglaterra.—728.
- Influencia de Alemania en la literatura inglesa.—757.
- Moja y Bolívar (Federico).**—Historia vulgar.—56.
- Notas de viaje.—251, 281, 314, 349, 377, 476, 506, 540, 569, 635, 697, 768, 794 y 812.
- Olmedilla (Joaquín).**—Datos históricos acerca de la telegrafía en general.—561.
- Historia del diamante y algunos detalles del mismo.—579.
- El descubrimiento del fósforo.—662.
- Historia del termómetro.—783.
- Palacio Valdés (Armando).**—Los novelistas españoles.—
- D. Enrique Pérez Escrich.—453.
- D. José de Castro y Serrano.—629.
- D. José Selgas.—657.
- *Crotalus horridus*.—554 y 586.
- Parejo (Leopoldo).**—Tu mirada, poesía.—255.
- Parral (Luis).**—Estudio crítico de las obras de Publio Virgilio Marón.—138, 183 y 203.
- Panhan (F.).**—La educación, según Herbert Spencer.—33.
- Quesnel (Leon).**—De la protección a los animales.—225 y 289.
- Reynaldo.**—Un consejo, poesía.—383.
- Ribera y Sans (J.).**—¿Es el cloroformo un veneno de la inteligencia?—388.
- Rodríguez Villa (Antonio).**—Expedición del maestro de campo Bernardo de Aldana a Hungría en 1548.—577, 620, 650 y 705.
- Santa Ana (Luis).**—Sin tí, soneto.—159.
- Dos lágrimas.—735.
- Los claveles.—760.
- Solsona (Conrado).**—El nudo gordiano: drama en tres actos, del Sr. Sellés.—695.
- Seguier (Jaime de).**—La primera tempestad.—797.
- Taine (H.).**—Geografía y mecánica cerebrales.—737 y 769.
- Tolosa y Latour (Manuel).**—¿Es el cloroformo un veneno de la inteligencia? Contestación al artículo del Sr. Ribera.—422.
- Torres-Solanot (Vizconde de).**—La religión laica.—592.
- Vega Olmedo (Telmo).**—El Gabinete ministerial en Inglaterra.—741.
- X. Bibliografía.**—Disertaciones y juicios literarios por D. Juan Valera.—186.
- Miscelánea.**—La manufactura de peines.—125.
- Noticias.—125.
- Miscelánea.**—Un crustáceo antiguo.—192.
- Particularidades de las maderas más usuales.—192.
- Cosecha arqueológica en Grecia.—192.
- Descubrimiento geológico.—606.
- Hallazgo de Vulcano.—606.
- La madre de los Gracos.—606.
- Reliquias indias.—606.
- El templo de Diana.—606.
- El lujo de los romanos.—606.
- La sociedad española de historia natural.—671 y 826.
- Las flores. Su utilidad en la medicina y en las artes industriales.—824.
- Una importante observación astronómica.—826.
- Descubrimiento de fósiles.—826.
- Los baños entre los romanos.—827.
- Destino de los grandes hombres de la antigüedad.—827.
- El cuidado de los ojos.—827.
- Teatros.—En todos los números.
- Bibliografía.**—En todos los números.

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 228

7 DE JULIO DE 1878.

AÑO V.

SENTIDO Y SIGNIFICACION DEL SISTEMA GENEALÓGICO, Ó TEORÍA DE LA DESCENDENCIA.

El movimiento intelectual á que el naturalista inglés Charles Darwin ha dado el primer impulso, al publicar, hace diez y nueve años, su célebre *Tratado del origen de las especies*, ha adquirido tal extension en un espacio tan corto de tiempo, que merece escitar el interés universal. Sin embargo, la teoría de historia natural expuesta en aquella obra, que habitualmente se designa con la breve denominacion de *Teoría de Darwin ó Darwinismo*, es, simplemente, un pequeño fragmento de otra doctrina mucho más estensa: de la *Teoría universal de la evolucion*, cuya importancia es tan grande, que domina á todos los conocimientos humanos. Con su teoría ha demostrado Darwin de una manera tan convincente la de la evolucion, cuyas fatales consecuencias han trastornado de tal manera la opinion que los pensadores se habian formado del Universo, que nunca se podrá encomiar lo bastante el valor del darwinismo; y, entre los progresos tan importantes y numerosos de la Historia natural contemporánea, la inmensa estension que esta doctrina ha dado al concepto del origen de la humanidad, nos la hace considerar como la más grandiosa y fecunda en resultados.

Al llamar, con fundada razon, á nuestro siglo la era de las ciencias naturales; al contemplar con legítimo orgullo sus inmensos é importantes progresos realizados en todos los ramos del saber humano, no se nos ocurre tanto pensar en la extension de nuestros conocimientos generales sobre la naturaleza, como en las consecuencias puramente prácticas que de estos conocimientos se derivan. Llama nuestra atencion, en primer lugar, el vasto desarrollo de las relaciones comerciales, cuyos incalculables resultados se deben á la perfeccion de las máquinas, á los ferro-carriles, á los buques de vapor, á los telé-

grafos y á otras aplicaciones de las propiedades físicas de los cuerpos; y profundizando más, nos admira la poderosa influencia que la química ejerce en el arte de curar las enfermedades, en la agricultura, y en general, en la mayor parte de las artes é industrias. Pero por grande que sea el aprecio que os inspire la influencia de las ciencias naturales estudiándolas en sus aplicaciones prácticas, es preciso que las considereis bajo otro aspecto más elevado y más general, y las coloquéis en lugar muy inferior al de la omnipotente accion que los progresos teóricos de la historia natural moderna no pueden menos de ejercer sobre nuestros conocimientos, sobre nuestros conceptos generales del mundo y sobre el perfeccionamiento de nuestra civilizacion. Recordad, por ejemplo, el cambio completo que algunas teorías han sufrido con la generalizacion del empleo del microscopio; recordad la teoría celular que, al desmentir la aparente unidad del organismo humano, nos lo hace concebir como el resultado complejo de la union social de multitud de unidades, vivas elementales, de células, ó recordad el extenso y nuevo camino abierto á nuestras especulaciones teóricas por el análisis espectral y la teoría mecánica del calor, y aún cuando os admiren todos aquellos notables progresos teóricos, os vereis precisados á admitir que les mucho mayor la importancia de la teoría que Darwin ha formulado.

No hay ninguno entre vosotros que desconozca el nombre de Darwin; pero de fijo que la mayor parte de los que me escuchan (1) sólo tienen una idea imperfecta del valor de su doctrina; porque si se recopila todo cuanto se ha escrito bajo este particular desde que apareció el libro de Darwin—libro que ha hecho época en los anales científicos—se verá que, no estando muy familiarizado con las ciencias naturales orgánicas, y no poseyendo con gran perfeccion la zoolo-

(1) Este artículo constituye la primera de las conferencias celebradas en la Universidad de Jena por el profesor de zoología Ernesto Haeckel, sobre la Historia de la creacion natural.

gía y la botánica, es forzoso dudar del valor de las teorías en él expuestas. Los juicios sobre él emitidos son tan contradictorios y con frecuencia tan defectuosos, que no debe admiraros que, en el día, diez y nueve años despues de haber aparecido la obra de Darwin, no hayan adquirido todavía sus teorías toda la importancia que de derecho le pertenece y que, seguramente, han de adquirir tarde ó temprano. La mayor parte de los numerosos escritos que durante este espacio de tiempo se han publicado en pró ó en contra del darwinismo, proceden de personas que carecian de la instrucción biológica, y sobre todo zoológica necesaria, para emprender un trabajo de esta clase; y aunque casi todos los más distinguidos naturalistas contemporáneos son partidarios del darwinismo, muy pocos han tratado de hacerlo conocer y apreciar al público ilustrado. Hé aquí la razón por qué con tal profusión se ven circular las contradicciones y los absurdos juicios que á cada paso vemos formular contra la teoría de Darwin; y hé aquí también la razón que he tenido para dar unas lecciones familiares sobre el darwinismo y sobre la teoría más extensa que de él se deriva. Creo que los naturalistas no deben limitarse á buscar el progreso ni los descubrimientos en los estrechos límites de la especialidad á que se dedican, sino entregarse con solicitud, hasta con pasión, á los estudios de detalle, hacer fructuosos para el conjunto de la ciencia los resultados generales de sus trabajos particulares, y hacer partícipe al público de los conocimientos que en las ciencias naturales hayan adquirido. El triunfo más glorioso del génio del hombre, es decir, el verdadero conocimiento de las leyes más generales de la naturaleza, no puede ni debe ser patrimonio de una casta privilegiada de sábios, sino el bien comunal de toda la humanidad.

La teoría de Darwin, que es el coronamiento de las ciencias naturales, se llama habitualmente doctrina genealógica, ó teoría de la descendencia, y también se la suele llamar doctrina de las metamorfosis ó teoría de la transmutación. Ambas denominaciones son adecuadas, porque esta doctrina pretende que la totalidad de los diversos organismos, que todas las especies animales y vegetales, que han vivido en otras épocas y viven hoy en la tierra, se derivan de una sola forma anterior, ó de un reducido número de formas anteriores excesivamente

sencillas, las cuales han ido poco á poco evolucionando por medio de graduadas metamorfosis. Por más que esta teoría de la evolución haya sido ya expuesta y defendida al principio de este siglo por algunos notables naturalistas, y especialmente por Lamarck y Goethe, Darwin es el único que la ha desarrollado en toda su extensión, dándole una base etiológica, y hé aquí por qué se la conoce especialmente con el nombre de teoría de Darwin ó darwinismo.

La inmensa y en realidad inapreciable importancia de la doctrina genealógica, se presenta bajo distintos aspectos, segun que nos limitemos á estudiar su influencia en la historia natural orgánica, ó segun que se considere la influencia mucho mayor que ejerce en el conjunto de los conocimientos sobre el mundo, que en el día poseemos. La historia natural orgánica, ó sea la biología, que, como zoología comprende el estudio de los animales y como botánica el de las plantas, ha sido trasformada por completo y edificada sobre nuevos cimientos bajo la influencia de la doctrina genealógica, porque la teoría de la descendencia nos dá á conocer las causas eficientes de las formas orgánicas que á nuestra vista se presentan, mientras que hasta ahora la zoología y la botánica no se ocupaban de las formas, sino simplemente como hechos. Hé aquí por qué consideramos la doctrina genealógica como la explicación mecánica de los aspectos de las formas del mundo orgánico, ó como «la ciencia de las verdaderas causas de la naturaleza orgánica.»

Como ignoro si las expresiones «naturaleza orgánica, naturaleza inorgánica» son familiares á los que nos escuchan, y como tendré que ocuparme con frecuencia en el curso de estas lecciones de estas dos opuestas fases de los cuerpos, me es forzoso dar una explicación de ambas denominaciones. Llamamos organismos ó cuerpos orgánicos á todos los seres que viven ó han vivido, á todas las plantas y animales, sin exceptuar al hombre, porque en ellos se encuentra siempre un compuesto de partes diferentes, de aparatos ó de órganos que combinan su acción especial para producir los fenómenos de la vida. De esta estructura especial carecen, por el contrario, los cuerpos sin órganos ó inorgánicos, que son los que llamamos cuerpos sin vida, ó sean los minerales ó piedras, el agua, el aire atmosférico, etc. Esta importante diferencia

es la causa que ha obligado á dividir la historia natural en dos grandes secciones principales: la *biología* ó ciencia de los organismos, que comprende la zoología y la botánica, y la *anorganología* ó ciencia de los cuerpos sin órganos, que comprende la mineralogía, la geología, la meteorología, etc.

El valor, inapreciable para la biología, de la doctrina genealógica, consiste también, como ya lo he hecho notar, en que explica mecánicamente el origen de las formas orgánicas y sus causas eficientes. Pero por grande que sea esta ventaja, no puede compararse con la inmensa importancia de una de sus principales y demostradas consecuencias, cual es la que nos pone en evidencia el origen animal del género humano.

La importancia del lugar que el hombre ocupa en la naturaleza y de sus relaciones con el conjunto de los seres, *cuestión de las cuestiones* para la humanidad, como dice tan acertadamente Huxley, se resuelve definitivamente por medio del conocimiento del origen animal del género humano. Al mismo tiempo, y merced á la teoría de la descendencia, tal y como Darwin la ha reformado, nos encontramos por la vez primera en situación de hacer la historia, científicamente fundada, de la evolución del género humano; puesto que, así los partidarios como los adversarios de Darwin, reconocen, de común acuerdo, que la consecuencia necesaria de su teoría es que el origen del hombre está relacionado con el de los mamíferos simios; y, retrocediendo en la serie de los tiempos, con él de los vertebrados inferiores.

Y sin embargo, el mismo Darwin no había formulado esta consecuencia, que es la más importante de todas las de su doctrina. En su libro *Del origen de las especies*, no hay una sola palabra que indique el origen animal del hombre. Uniendo aquel naturalista el valor á la prudencia, deja de intento de tocar este importante punto, calculando, con fundamento, que esta consecuencia de la doctrina genealógica, por ser la más importante de todas, sería también el más poderoso obstáculo para que fuese aceptada y propagada; porque, de fijo, que el libro de Darwin habría suscitado más escándalo y promovido más oposición si en él se formulase claramente una consecuencia tan capital. Sólo doce años después, en 1871, al dar á luz su trabajo

Sobre la descendencia del hombre y la selección natural, se ha atrevido á preclamar francamente una conclusión tan importante de su sistema, poniéndose, á la vez, de acuerdo con los naturalistas que ya la habían formulado. Inmensas son, en verdad, las consecuencias de tal deducción, de cuyos resultados ninguna de las ciencias conocidas podrá evadirse; y, bajo su poderosa influencia, la antropología, y más tarde la filosofía, han de sufrir una revolución en todas sus ramas. Objeto ulterior de mis lecciones sucesivas, será el exámen de este punto particular: y así que os haya expuesto los hechos generales y el verdadero sentido del darwinismo, me ocuparé de la descendencia animal. Esta consecuencia, tan importante á la vez que extraordinaria, ante la cual retroceden la mayor parte de los hombres, no es más que la simple deducción particular, que en virtud de leyes inductivas científicamente fundadas, necesariamente se deriva de la teoría de la descendencia, sin salir del riguroso terreno de la lógica inflexible.

De ningún modo se puede expresar con claridad en muy pocas palabras toda la importancia de la doctrina genealógica, como titulándola *Historia de la creación natural*. Adoptaré, por lo tanto, esta denominación, en mis lecciones sucesivas, por más que esta expresión sólo sea exacta en cierto sentido, porque, como podreis observar, en el sentido estricto de las palabras la denominación de *Historia de la creación natural*, encierra una contradicción implícita, una *contradictio in adjeto*.

Para comprender este aserto, es necesario examinar con alguna atención la idea de creación. Si, por la palabra creación se entiende el origen de un cuerpo por el hecho de una potencia, de una fuerza creadora, este concepto nos lleva á pensar en el origen de la materia de un cuerpo, ó en el origen de su forma. Tomada en el primer sentido, la idea de creación no es de este lugar. Este medio de creación, si se ha presentado alguna vez, sale desde luego de la esfera de los conocimientos humanos; y no puede, por lo tanto, ser objeto de ninguna investigación que pertenezca al dominio de la historia natural. Esta ciencia considera la materia eterna é indestructible, porque nunca se ha podido demostrar experimentalmente la aparición ó desaparición de la menor partícula de materia. Cuando un cuerpo parece disiparse,

como, por ejemplo sucede en la combustión, en la putrefacción, en la evaporación, etc., no hace más que cambiar de forma, de modo de agregación física ó de composición química. De la misma manera, la aparición en la naturaleza de un nuevo cuerpo, por ejemplo, de un cristal, de un hongo, de un infusorio, significa únicamente que diferentes partículas materiales que preexistían bajo cierta forma ó modo de agrupación particular, han adoptado, como resultado de modificaciones realizadas en las condiciones de su existencia, una nueva forma, un nuevo modo de agrupación; pero ni una sola vez se ha observado que la más imperceptible partícula de materia haya desaparecido, ni que se haya añadido un solo átomo á la materia preexistente. El naturalista se reconoce, pues, tan impotente para explicarse el origen como la destrucción de la materia, y esta es la razón porque considera la cantidad de materia que existe en el universo como un hecho dado. Si alguno siente la necesidad de creer en el origen de esta materia como producto de una actividad creadora sobrenatural, de una fuerza creadora que existe fuera de la materia, nada tenemos que decirle, limitándonos á hacerle observar que de este concepto no resulta la menor ventaja para el conocimiento de la materia. La idea de una fuerza inmaterial que ha creado la materia, es un artículo de fe que no tiene nada de común con la humana ciencia: *en donde la fe principia, la ciencia termina.* Estas dos fases de la actividad del espíritu humano, son esencialmente distintas: la fe deriva de la imaginación poética; el saber es producido por la razón humana estudiando el mundo exterior. Misión de la ciencia es recoger los bienhechores frutos del árbol del saber, importándole poco que sus conquistas perjudiquen, ó no, á las fantásticas creaciones de la fe.

La historia natural, cuando comprende que «la historia de la creación natural» es su objeto más elevado, más precioso, más capital, se ve obligada á tomar la idea de la creación en el último de los dos sentidos arriba enunciados; es decir, en el sentido del origen de la forma de los cuerpos. En tal sentido, se podría llamar «historia de la creación de la tierra» á la geología que estudia los diferentes estados de la superficie terrestre, y hace la historia de las modificaciones que ha sufrido la forma de las ca-

pas geológicas. Del mismo modo se podría llamar «historia de la creación de los organismos» á la historia de la evolución de los animales y de las plantas, que se ocupa del origen de las formas que han vivido, y escribe la historia de las múltiples metamorfosis que han sufrido los animales y las plantas. Sin embargo, como la idea de creación, tomada en el sentido antes indicado, lleva consigo la noción de un creador distinto de la materia que la modela á su voluntad, será preferible, en lo sucesivo, reemplazarla palabra «creación» con la más precisa de «evolución».

La gran importancia de la historia de la evolución para el conocimiento científico del mundo de los animales y de las plantas, es tan universalmente reconocida desde algunos años, que sin ella sería imposible dar un paso en la morfología orgánica, ó sea en la ciencia de las formas. Y, sin embargo, la expresión «historia de la evolución» casi nunca se ha aplicado más que á una parte de esta ciencia, es decir, á la evolución de los seres orgánicos, á lo que habitualmente se llama embriología, y que estaría mejor designada con la expresión más precisa y general de *ontogenia*. Pero, aparte de esta ciencia, existe también una historia de la evolución de las especies, de las clases, de las familias orgánicas; y esta historia, unida á la primera con lazos importantes, ha recibido los materiales de que está formada por el intermedio de la paleontología. Esta ciencia nos enseña que, durante los múltiples períodos de la evolución terrestre, cada grupo de animales y de plantas ha pasado sucesivamente por toda una serie morfológica de clases y de especies muy distintas. El grupo de los vertebrados, p. e. j., ha pasado por la clase de los peces, por la de los anfibios, por la de los reptiles, por la de las aves y mamíferos, y cada una de estas clases ha pasado á su vez por una serie de variadas especies. Esta historia de la evolución paleontológica de los organismos, que se podría llamar historia de las familias ó *phyllogenia*, está ligada, por lo tanto, del modo más importante y más notable con la otra rama de la historia de la evolución orgánica que se ocupa del individuo, ó sea la *ontogenia*; la última es, pues, estrictamente paralela á la primera. En resumen, la historia de la evolución individual, ó la *ontogenia*, es una breve y rápida repetición, ó una recapitulación de la historia evo-

Intiva, paleontológica, ó sea de la filogenia, en consonancia con las leyes de la herencia y de la adaptación á los medios.

Como os he de exponer más tarde en todos sus detalles estos hechos tan interesantes y significativos, no quiero insistir ahora en ellos, limitándome á haceros observar que la doctrina genealógica es la única que puede explicar las causas primarias, que sin el conocimiento de los hechos por ella consignados serian de todo punto incomprensibles y oscuros y decirnos por qué los animales y las plantas están sometidos á la ley de evolucion, y por qué no entran en la vida completamente desarrollados. Todas las historias de creacion sobrenatural son impotentes para darnos la clave del gran enigma del desarrollo orgánico. En esta cuestion, como en los demás grandes problemas biológicos, la doctrina de la descendencia nos ofrece respuestas que no sólo son satisfactorias, sino que tienen, además, el mérito de atribuir únicamente á causas mecánico-naturales, á las fuerzas fisico-químicas, fenómenos que desde muy antiguo era costumbre achacar á fuerzas creadoras sobrenaturales. Por consiguiente, merced á nuestra teoría, todas las regiones del dominio botánico y zoológico, y en particular del antropológico—la más importante de las regiones zoológicas—se nos presentan despojadas de aquel velo mítico de milagro y de sobrenaturalismo con que hasta el día se complacian todos en cubrir los fenómenos evolutivos de aquellas ramas de la historia natural. El oscuro fantasma creado por la poesía mitológica se desvanece ante la luz deslumbradora del conocimiento científico de las leyes naturales.

Los fenómenos biológicos más interesantes son los absolutamente inconciliables con la hipótesis habitual, que consigna que todo organismo es producto de una fuerza creadora que obra con un fin determinado. Diremos, con este motivo, que nada ha entorpecido tanto los progresos de la antigua historia natural como la dificultad de darse cuenta de los órganos rudimentarios, esas partes del cuerpo que en los animales y las plantas carecen completamente de funciones, de significación fisiológica, y sin embargo, tienen una existencia real. Esos órganos, poco ó nada conocidos por los profanos á la ciencia, son dignos del mayor interés: no hay, tal vez, organismo de animal ó de planta que, al

lado de aparatos evidentemente encargados de desempeñar una función, no posea otros cuyo objeto es absolutamente imposible descubrir.

En todas partes se encuentran ejemplos de este género de órganos. Numerosos embriones de rumiantes, entre otros los de los rumiantes domésticos, poseen en la mandíbula superior, en el espesor del hueso intermaxilar, dientes incisivos cuya erupcion ó salida no se verifica jamás, y que, por lo tanto, no tienen ninguna utilidad. Los embriones de muchos cetáceos, (ballenas) que más tarde tendrán ballenas en vez de dientes, tienen ántes de nacer, cuando les es absolutamente imposible comer, mandíbulas provistas de dientes que jamás han de funcionar. La mayor parte de los hombres no pueden mover voluntariamente el pabellon de la oreja, y, sin embargo, poseen músculos á propósito para producir este movimiento, tanto que hay personas que llegan á conseguir, después de un largo ejercicio, imprimir á sus orejas algunos movimientos voluntarios. Por medio de una gimnasia especial, y sometiendo por mucho tiempo á la influencia de la voluntad estos órganos atrofiados, que no quieren desaparecer, se puede hacer revivir nuevamente en ellos la actividad casi extinguida; mientras que, por el contrario, nos es absolutamente imposible obtener este resultado en los pequeños músculos que se encuentran sobre el mismo cartilago de la oreja, y no tienen ninguna acción. Nuestros antepasados de largas orejas, que vivian en la época terciaria, los monos, maquis y marsupiales que, como la mayor parte de los mamíferos podian imprimir movimientos libres y rápidos á sus orejas externas, muy pronunciadas en aquellas especies, tenían estos músculos muy desarrollados; y multitud de perros y conejos, cuyos antepasados salvajes podian imprimir muchos movimientos á sus orejas rectas, los han perdido bajo la influencia de la domesticidad, y tienen actualmente los músculos atrofiados y las orejas blandas y caídas.

El hombre posee, en otras regiones de su cuerpo, órganos rudimentarios que no tienen importancia alguna para la conservación de la vida, y que no funcionan jamás. Uno de los más curiosos, aunque de los menos aparentes, es el repliegue semilunar (*plica semilunaris*) que tenemos en el ángulo interno del ojo, cerca de la raíz de la nariz. Este repliegue cutáneo, inutil

para nuestros ojos, es el resto, completamente atrofiado, de un tercer párpado interno, que en otros mamíferos, en las aves, y en los reptiles, está muy desarrollada, sin que por eso les falten los párpados superior é inferior. Nuestros antepasados de la época siluriana, que existían después de haber aparecido las primeras formas, parece que ya poseían este tercer párpado, llamado membrana guiñadora; y muchos de sus parientes más cercanos que, con formas casi idénticas, viven actualmente, por ejemplo, los tiburones, tienen una membrana cliñotante muy desarrollada, la cual está inserta en el ángulo interno del ojo, y puede cubrir todo el globo ocular.

Entre los más notables ejemplos de órganos rudimentarios, conviene citar los ojos que no ven, que tienen muchos animales que viven en las tinieblas, ya en cavernas, ya debajo de la tierra. Los ojos existen, y frecuentemente están muy desarrollados, pero aparecen cubiertos con una membrana dispuesta de tal manera, que ningún rayo de luz puede penetrar en ellos, y por lo tanto, que jamás podrán ver. Estos ojos, sin función posible, los poseen muchos animales subterráneos, por ejemplo, muchas especies de topos, ratones ciegos, serpientes, lagartos, anfibios (*Proteus*, *Cecilia*) peces, y también muchos animales invertebrados, cuya vida se pasa en las tinieblas, multitud de escarabajos, crustáceos, caracoles, gusanos, etc.

La osteología comparada, que es una de las ramas más interesantes de la anatomía comparada, nos suministra multitud de ejemplos muy interesantes de órganos rudimentarios. Del tronco de la mayor parte de los vertebrados salen dos pares de miembros el uno anterior y posterior el otro. Con mucha frecuencia se atrofia uno de ellos; y muy rara vez se atrofian los dos como, sin embargo, se vé en las serpientes y en algunos peces anguiformes; pero ciertas serpientes, por ejemplo las grandes (*boa python*) llevan todavía en la parte posterior de su cuerpo algunas piezas óseas inútiles, resto de los miembros posteriores que han perdido. Lo mismo les sucede á los mamíferos pisciformes, á los cetáceos, que sólo tienen bien desarrollados los miembros anteriores, las aletas pectorales, y llevan sin embargo detrás, en el espesor de la carne, un par de piezas óseas superfluas, que son los restos de los miembros posteriores atrofia-

dos. Otro tanto se observa en muchos peces verdaderos, que han perdido los miembros posteriores ó sean las aletas ventrales. Por el contrario, nuestros orvetos (*anguis*) y algunos otros reptiles llevan debajo de la piel la armazón ósea completa de la espalda, y sin embargo carecen de los miembros anteriores que debían estar articulados en ella. Por último, algunos vertebrados presentan cada uno de los huesos de los dos pares de miembros, en todos los grados de atrofia, y con frecuencia los huesos en vías de retrogradación; y los músculos que se insertan en ellos existen parcialmente, aunque sin medios de ejercer la menor función. El instrumento existe pero no se le puede hacer sonar.

Es un hecho casi general la presencia de órganos rudimentarios en las flores, en las cuales se encuentran, más ó menos atrofiadas, una ú otra parte de los órganos masculinos ó femeninos de la reproducción, los estambres, anteras, ovario, etc. En ellas también se pueden seguir, comparando especies análogas, los múltiples grados de la retrogradación del órgano. La familia tan numerosa y tan natural de las labiadas (*labiadas*) á la cual pertenecen la melisa, la menta pimentada, el sándalo, la yedra terrestre, el tomillo, etc., tiene por carácter encerrar en su corola labiada dos estambres largos y dos cortos; pero en muchas especies de esta familia, por ejemplo, en las diversas especies de la salvia y del romero, sólo se desarrolla un par de estambres, estando el otro par más ó menos atrofiado, y en ocasiones faltando completamente. Otras veces existen los estambres, pero sin anteras, siendo por lo tanto inútiles. No con tanta frecuencia se suele encontrar el rudimento, el resto atrofiado de un quinto estambre, órgano fisiológicamente inútil, puesto que no tiene ningún papel que desempeñar; pero de extrema importancia morfológicamente considerado, si se desea comprender la razón de la forma de sus parientes naturales. En mi *Morfología general de los organismos*, hay un capítulo que se titula: "De la desproporción de los órganos, ó de la *dysteleología*," en el cual cito muchos ejemplos de esta clase de hechos.

No hay fenómeno biológico que haya dejado más perplejos á los zoólogos y á los botánicos, que estos órganos rudimentarios ó abortados. ¿Cómo puede haber herramientas sin empleo posible, aparatos orgánicos que existen y no

funcionan, que se han construido con un fin dado y que son incapaces de llegar á este fin? Cuando se considera los esfuerzos hechos por los antiguos naturalistas para adivinar este enigma, cuesta, en verdad, mucho trabajo contener la risa ante las deducciones extrañas á que habian llegado en el asunto. Como no podian encontrar la verdadera explicacion del hecho, habian establecido la conclusion de que el Creador habia hecho estos órganos "por amor á la simetría," ó bien suponian que le habia parecido inconveniente y fuera de razon que unos órganos incapaces de funcionar, faltasen en absoluto á los organismos que los poseían; cuando otros organismos muy parecidos á ellos los tenian; y que, por lo tanto, habia querido, para compensar la ausencia de la funcion, dar, á lo ménos á título de adorno, una vana apariencia de órganos: del mismo modo, sin duda, que los empleados civiles de la corte llevan en su uniforme una inocente espada que jamás sale de la vaina. No debo creer que mis oyentes se preocupen un momento con tal explicacion.

El fenómeno tan general y enigmático de los organismos rudimentarios que los naturalistas antiguos no han podido explicar, se aclara perfectamente de un modo sencillo y evidente por la teoría de la herencia y de la adaptacion orgánicas fundada por Darwin. Es fácil observar en la práctica las leyes de la herencia y de la adaptacion en los animales y plantas domésticas, obteniendo crías artificiales; y de este modo se llega á establecer la serie de las leyes de la herencia. Sin tratar, por ahora, á fondo este asunto, me limitaré á decir, que la influencia, merced á la cual podemos dar una explicacion mecánica de los órganos rudimentarios, y que nos permite considerar la aparicion de los mismos como un fenómeno puramente natural, consiste en *la falta de uso de los órganos*. Del trabajo de adaptacion á las condiciones exteriores de la vida, resulta que órganos que en otro tiempo estaban en actividad y funcionando, dejan poco á poco de ser empleados, y no llegan á encontrar despues su uso, atrofiándose por consecuencia de la falta de ejercicio; y, sin embargo, la herencia los lega de una á otra generacion, hasta que al fin desaparecen en parte ó en su totalidad. Supongamos que todos los vertebrados arriba mencionados desciendan de un antepasado común provisto de dos ojos y de un

doble par de miembros; nada más fácil, en este caso, que comprender la atrofia y la retrogradacion gradual de estos órganos en sus descendientes, que se veian imposibilitados de hacer de ellos el uso conveniente. Con la misma facilidad se comprende los diversos grados de desarrollo de los cinco estambres que existen originariamente en las labiadas (boton floral), si se admite que todas las plantas de esta familia descienden de un antepasado común provisto de cinco estambres.

De intento me he extendido en este fenómeno de los órganos rudimentarios, porque es de la mayor importancia y porque nos lleva á abordar una de las más grandes, más generales y más profundas cuestiones fundamentales de filosofía y de historia natural, que seria imposible resolver en el día, sin recurrir á la teoría de la descendencia. Desde que, de acuerdo con esta teoría, no se admite, así en el mundo de los cuerpos orgánicos, como en el de los inorgánicos, otras causas reales que las fisico-químicas, al punto se proclama el triunfo definitivo de este concepto del universo llamado *mecánico*, que es el antípoda del *conception teleológico*. Comparad las diferentes ideas emitidas respecto á la naturaleza del mundo, en distintos pueblos y diferentes épocas, y vereis que, en resumen, se las puede colocar en dos grupos bien diversos: uno que se puede llamar grupo *causal* ó *mecánico*, y otro que pertenece al *teleologismo* ó *vitalismo*, y que es el que hasta nuestros días ha predominado en biología, puesto que se consideraban los reinos animal y vegetal como producto de una actividad creadora que obraba con un fin determinado.

Al ver un organismo cualquiera, la conviccion que desde luego parece imponerse sin duda alguna, es, que una máquina tan perfecta, un aparato de movimiento tan desarrollado, sólo pueden haber sido producidos por una actividad análoga á la que el hombre emplea en la construccion de sus máquinas, aunque mucho más perfecta; pero, por sublime que sea la idea que nos hayamos formado del Creador y de su actividad creadora, por más esfuerzos que hayamos hecho para separarlo de toda analogia humana, cuanto más y con más madurez se piensa en este asunto, más necesaria é inevitablemente persiste esta analogia en el concepto fisiológico de la naturaleza, y acabamos forzosamente por

representarnos al Creador como un organismo, como un Sér que, siendo análogo al hombre, aunque infinitamente mejor conformado que éste, piensa en el empleo que dará á su actividad creadora y se forja el plan de su máquina para terminarla con un objeto dado, empleando los materiales convenientes. Todas estas ideas estriban en la frágil base del antropomorfismo; y razonando de este modo, por alta que sea la idea que uno se haya formado del Creador, no se puede prescindir de revestirle de los atributos humanos necesarios para trazar un plan y construir un organismo con un propósito determinado. Esta idea se ha expresado con suma claridad en el sistema más opuesto al de Darwin, y del cual Agassiz ha sido el principal defensor. En su célebre obra titulada: *Essay on classification*, que es de hecho anti-darwiniana, y que ha aparecido casi al mismo tiempo que el libro de Darwin, ha expuesto aquel naturalista extensamente, y con todas sus consecuencias, las absurdas ideas antropomórficas sobre el Creador, de que acabo de ocuparme.

En cuanto á la famosa *conformidad con el fin* en la naturaleza, debo aseguráros que existe únicamente para aquellos que estudian superficialmente los fenómenos de los reinos animal y vegetal; pero los órganos rudimentarios de que os he hablado han dado ya un golpe contundente á esta doctrina. Cualquiera que conozca con alguna profundidad la organizacion y el modo de sér de los animales y plantas, cualquiera que esté familiarizado con la actividad del torbellino vital, con lo que se llama la economía de la naturaleza, llegará forzosamente á deducir que esta conformidad con el fin tiene pocas probabilidades de existencia. Estas optimistas opiniones no tienen, desgraciadamente, más fundamento que la expresion tan usada del orden moral del "mundo," orden que irónicamente desmiente toda la historia. La soberanía "moral" del Papa y de su piadosa inquisicion, no era ménos significativa en la Edad Media, que el predominio del moderno militarismo con su aparato "moral" de fusiles de aguja y otros ingeniosos ardidés, inventados para causar la muerte.

Examinad con detencion la vida general y las relaciones recíprocas de los animales y plantas, sin esceptuar al hombre, y en todo hallareis lo contrario de esa union tierna y apacible preparada, segun dicen, á la criatura, por la

bondad del Creador; y en todo vereis una guerra encarnizada y sin cuartel de todos contra todos. En cualquier lugar de la naturaleza que fijeis vuestras miradas, no hallareis aquel idilio de paz cantado por los poetas, sinó, por el contrario, la guerra, el esfuerzo para exterminar al vecino más próximo, al antagonista más inmediato. Pasion y egoismo; hé aquí, tengamos ó no conciencia de ello, todo el secreto de la vida. El adagio poético: "la naturaleza es perfecta, en donde el hombre no introduce sus medios de destruccion," no carece de belleza, pero es desgraciadamente muy exacto. Bajo este punto de vista, el hombre en nada se diferencia de los animales; y en las consideraciones que os he de exponer al hablar de "la lucha por la existencia," vereis plenamente justificado este aserto. A Darwin se debe, tambien, el haber hecho luz sobre este importante punto, y el haber hecho resaltar su elevado sentido, dándolo á conocer en toda su generalidad: es este uno de los puntos más capitales de su sistema, y por eso é mismo lo ha llamado "la lucha por la existencia."

Una vez precisados á rechazar en absoluto la opinion vitalista ó teleológica, respecto á la naturaleza orgánica, opinion que hace de las formas animales y vegetales, los productos de un creador benévolo que obra con un fin dado, ó de una fuerza creadora que tiene tambien designios preconcebidos, nos es preciso aceptar decididamente el concepto del universo llamado mecánico ó casual. Se puede, tambien, llamar á esta opinion *monística* ó *unitaria* por oposicion á la dualística implícitamente contenida en la esplicacion teleológica del mundo. Hace algunos años que el concepto mecánico de la naturaleza ha adquirido tambien carta de ciudadanía en el sólido dominio de la historia natural, y en esta parte, ya nadie emplea inútilmente una sola palabra para combatirlo; á ningún naturalista ó astrónomo se le ocurre invocar la actividad de un creador persiguiendo un objeto dado, para explicar los fenómenos que á cada paso se le presentan en sus dominios científicos. Esta clase de hechos se considera sin discusion, como el producto necesario é incontestable de las fuerzas fisico-químicas inherentes á la materia; este concepto es, pues, puramente materialista, tomando en cierto sentido esta equívoca palabra. Cuando el fisico estudia los

fenómenos del movimiento en la electricidad y el magnetismo, ó la caída de un cuerpo grave, ó las oscilaciones de las ondas luminosas, muy distante está de llamar en su ayuda la intervención de una fuerza creadora sobrenatural.

Hasta aquí la biología, considerada como la ciencia de los cuerpos llamados "animados," se encontraba, bajo este punto de vista, en completa oposición con la ciencia de los cuerpos inorgánicos; la nueva fisiología ha aceptado la doctrina mecánica para explicar los movimientos de los animales y de las plantas; pero la morfología, la ciencia de las formas de unos y otras, no ha recibido todavía la influencia de esta doctrina. Los que estudian la ciencia de las formas se encuentran ahora como antes; y en el día, muchos de ellos niegan la doctrina mecánica de las funciones, y miran las formas animales y vegetales como hechos que no se explican por la teoría mecánica, y que proceden de una potencia creadora, superior, sobrenatural, obrando con un fin determinado. Importa poco que se considere esta potencia creadora, como un Dios personal; que se le llame fuerza vital (*vis vitalis*) ó causa final (*causa finalis*); en uno y otro caso, hay—¡á qué negarlo?—que recurrir al milagro para encontrar alguna explicación, entregándose á una creencia poética que no puede tener ningún valor en las ciencias naturales.

Respecto á los esfuerzos hechos antes de Darwin para establecer una interpretación mecánica del origen de las formas animales y vegetales, diremos que todos han abortado sin haber obtenido jamás el asentimiento general. Estaba reservado el éxito á la doctrina de Darwin, y este es uno de sus mayores méritos, porque con ella ha establecido sólidamente la idea de la unidad de la naturaleza orgánica é inorgánica, y ha encarrilado con las demás ciencias naturales, en una sola vía de perfeccionamiento, á la parte de la historia natural que trata de la estructura de las formas vivas y del significado del origen de estas formas, que hasta aquí con más tenacidad se apartaba de toda explicación mecánica, estableciendo así definitivamente la unidad de todos los fenómenos naturales.

Esta unidad de toda la naturaleza, esta unificación de todas las variedades de materias, esta unión indestructible de la fuerza espiritual y de la materia corporal, ya Goethe la había establecido, al decir: "la materia y el espíritu no pue-

den obrar ni existir separados." Los grandes filósofos unitarios de todos los tiempos, han defendido estas proporciones fundamentales del concepto mecánico del Universo. Ya Demócrito de Abdera, el inmortal fundador de la teoría atomística, las había formulado casi quinientos años antes de Jesucristo; pero sobre todo las proclamó valientemente el monje dominicano Giordano Bruno, que por esta razón fué quemado en Roma, por orden de la Inquisición cristiana, el 17 de Febrero de 1600, precisamente el aniversario del día en que, treinta y seis años más tarde, nacia su ilustre compatriota y compañero de armas Galileo. A tales hombres, que son capaces de vivir y morir por una gran idea, se les denigra con el epíteto de "materialistas," encomiando, como "espiritualistas," á sus adversarios, que emplean, como medios de persuasión, la hoguera y el tormento!

Merced á la teoría de la descendencia nos encontramos, por la primera vez, en aptitud de fundar la doctrina de la unidad de la naturaleza, lo bastante para que la inteligencia de todos pueda explicarse por causas mecánicas los complicados fenómenos del mundo orgánico, con la misma facilidad que cualquier hecho físico; por ejemplo, los terremotos, la dirección del viento ó las corrientes marítimas; y llegamos también á tener la convicción, en extremo importante, de que todos los cuerpos conocidos de la naturaleza están igualmente "animados," y que la oposición, en otro tiempo establecida, entre los cuerpos vivos y los muertos, no tiene razón de ser. La caída de una piedra al encontrarse libre despues de lanzada en el espacio, en virtud de leyes determinadas, la formación de un cristal en una solución salina, son fenómenos que pertenecen á la vida mecánica lo mismo que el crecimiento y florecencia de las plantas, que la multiplicación y actividad consciente de los animales, y que la sensibilidad y el entendimiento del hombre. Haber sentado sobre sólidas bases este concepto unitario de la naturaleza, es el mérito indisputable de la doctrina genealógica reformada por Darwin.

ERNESTO HAECKEL.

Traducción de Claudio Cúvelro.

FILOSOFIA GRIEGA.

ESCUELAS ANTERIORES A SOCRATES.

Las Edades en la Historia de la Filosofía.—Edad greco-romana.—Filosofía griega.—Relaciones entre la filosofía griega y la filosofía oriental.—La Religión y la Filosofía.—La raza griega.—Relaciones con el Asia.—Causas que favorecen el desarrollo de la vida intelectual en Grecia.

Hay en la Historia edades, épocas y períodos, aspectos relativos de una entidad general, revelaciones parciales del sér que va expresando su esencia en la vida. Allí donde haya sér finito, esencia, realización de esta esencia, aparecerán las edades, con valor real y objetivo, como aspectos del sér que vive, y que, por vivir, cambia y muda.

La Historia de la Filosofía es la historia del pensamiento humano, que podemos estimar como el pensamiento de un solo hombre que vá eslabonando con perseverancia unos tras otros razonamientos é ideas, concepciones y teorías. Y si en cada uno de los hombres se suceden infancia y adolescencia, virilidad y senectud, así también la Humanidad pasa por diferentes edades que van mostrando las virtualidades y energías del pensamiento en su desarrollo histórico, energías y virtualidades que ellas mismas nos dan la división de la Historia de la Filosofía. Edad Oriental, Edad Greco-latina ó Indopelásgica, Edad moderna ó cristiana, son las tres grandes etapas de la historia del pensamiento humano, dejando aparte la edad contemporánea ó novísima, edad que continúa abierta para que nuevas ideas y nuevos pensadores la llenen y completen.

Extendida y propagada la civilización de Oriente á Occidente, é implantada la semilla de la raza Jafética, la raza pensadora por excelencia, en las regiones europeas, aparece la segunda Edad de la Historia de la Filosofía, con la Filosofía griega. Y lo primero que natural y lógicamente se exige al estudiar la Filosofía griega, es fijar las relaciones entre esta segunda Edad y la Edad precedente.

Atendido el concepto de la Edad en la Historia, como un nuevo estado ó modo de desarrollo que, junto á condiciones que responden á la nueva faz del sujeto histórico, refleja caracteres de estados que fueron y que explican su apari-

ción como natural desenvolvimiento de gérmenes que constantemente se hallan dados en la esencia del sér ó entidad que se historia; recordando que, ni en la Naturaleza ni en el pensamiento, jamás se procede como á saltos ó de un modo fortuito ó casual, sino que todo vive sujeto á leyes inmutables y principios eternos que revelan á Dios y la presencia de Dios en el Mundo, y dirigen la marcha y sucesión de los acontecimientos; no perdiendo de vista que el pensamiento humano vive también sometido á esas leyes y principios, fecundando el pensamiento de ayer al pensamiento de hoy; veremos surgir relación entre la cultura oriental y la cultura griega inmediatamente y como una consecuencia necesaria. Y sin embargo, no faltan autores—y de gran talla en los estudios histórico-filosóficos,—para quienes la filosofía griega aparece sin lazo, sin vínculo con el pensamiento indio, hasta el punto de poder tejerse la historia del pensar humano, pasando por alto los esfuerzos intelectuales de los pueblos del antiguo Oriente.

Para otros la Filosofía griega es un segundo período de la Filosofía antigua; esta es su precedente natural. La indagación india no se pierde, sino que, muy al contrario, es la que sirve de guía y faro al pensamiento en Grecia. Finalmente, afirmase también,—y sin negar la conexión y enlace del pensamiento en ambas civilizaciones,—que son tales y tan extraordinarios los caracteres de la Filosofía griega que crean, no un segundo período, sino el comienzo de una nueva Edad.

La Filosofía griega presenta tres momentos distintos por sus tendencias y condiciones especiales. Es fenómeno que se origina de existir en uno de estos momentos relación viva y manifiesta con la Filosofía oriental, reflejándose en otro la propia genial manifestación del pensamiento griego, y finalmente, predominando en el último un sincretismo y un afán tal de composición y discusión de ese pensamiento con todas las virtualidades del pensar en otras regiones, que vuelven las influencias orientales y se abren nuevos y anchos horizontes al espíritu filosófico.

Los ciento cincuenta primeros años de la Filosofía griega no pertenecen propiamente á la historia de la raza Pelásgica, sino que en ellos

las distintas razas, tradiciones y vicisitudes de su complejo pueblo crean múltiples escuelas que cada una expresa antecedentes y refleja enseñanzas de la Filosofía antigua. Estudiado á fondo este primer período, aparecerá evidente el vínculo con la Filosofía oriental.

En el segundo período, la historia y la vida pasan á Atenas, brilla la Escuela Socrática, encuentra en ella su centro la especulación filosófica, aparece y se desenvuelve toda la originalidad genial del espíritu pelásgico, y es el período griego por excelencia.

Y despues, cuando la cultura griega irradia á Roma, y por medio de ésta á casi todo el Orbe, y vuelve á Alejandria y á los países orientales, y entra en sincretismo con todo lo que se creía y pensaba, se nos presenta el tercer período de su filosofía, período en que esta pierde gran parte de sus caracteres originales.

Así nos separamos de opiniones extremas y afirmamos que la Filosofía griega ni fué reproducción de la Filosofía sanskrita, ni apareció sin precedentes en la historia.

Dedúcese de lo expuesto que son tres los períodos en que puede subdividirse la vida del pensamiento griego, á saber:

Primer período. Comprende las cuatro escuelas anteriores á Sócrates, desde Thales de Mileto hasta los días en que florece aquel filósofo, abarcando siglo y medio ó dos siglos. El sentido y carácter de esas escuelas es tan contradictorio, que parecen venir de fuentes completamente opuestas; la finalidad y problemas de las Escuelas Jónica y de Abdera nada ofrecen de común con los principios y soluciones de los Pitagóricos y Eleáticos. El pensamiento griego se va elaborando en medio de perpétuas contradicciones.

Segundo período. Empieza con Sócrates y abraza las Escuelas socráticas, imperfectas y perfectas; las Escuelas Cyrenáica, Cínica, Megárica, Elica y Erétrica; la Academia, el Liceo y el Pórtico.

Tercer período. Aparece cuando esta filosofía viene á Italia, se infiltra en la civilización romana y sigue sus aventuras; abarca las dos penínsulas y los focos de cultura que establecen los últimos esfuerzos del Paganismo y los primeros anuncios del Cristianismo. En la lucha de pensamientos prepondera la filosofía de los Santos Padres y la especulación teológica, y este

predominio caracteriza al período de transición que media desde la decadencia de las Escuelas Socráticas hasta San Agustín y Proclo.

Nos proponemos estudiar el primer período, las Escuelas Jónica, Jitálica, Eleática y Atomística, representadas por Thales de Mileto, Pitágoras, Parménides de Elea y Demócrito, comprendiendo también á Empedocles de Agrigento, cuyas teorías se formulan en una especie de sincretismo que no permite afiliarle á ninguna de aquellas, y como corolario y último resultado de la anarquía científica y desorganización social que promueven las luchas de escuela y de partido en aquel gran pueblo que jamás supo alcanzar la unidad política, los Sofistas, cuyas argucias provocaron la violenta reacción que personifica Sócrates, abriendo á la Filosofía nuevos y más vastos horizontes.

Este anteproyecto no debe entenderse como un programa de estudios.

A manera de precedente, conviene recordar los conceptos religiosos de Grecia, porque es un hecho constantemente repetido en todos los pueblos la existencia de relaciones entre la filosofía y la religion. Pero entre lo esencial á la naturaleza del hombre y las religiones positivas no cabe establecer relacion natural. No hemos de ir á tras un fundamento histórico, pues de lo particular no podríamos deducir lo general ó filosófico. En el fondo de todo movimiento religioso, en lo esencial de todas las religiones, hay algo común que puede considerarse como lo que funda capitalmente el carácter de religion, á saber: union del hombre con Dios. La religion supone Dios y Hombre, y union, contacto, ascencimiento ó descenso. Sin esto, no hay religion. Ahora bien, la idea religiosa se declara primeramente por medio de revelacion, tradicion ó autoridad; mas cuando del período espontáneo se pasa al reflexivo, es ley natural del espíritu aplicar la razon al exámen y crítica de los dogmas y preceptos religiosos.

En ellos se vislumbran con más ó menos claridad principios relativos al Sér, á Dios, al Mundo, al Alma, al Bien, cubiertos con el velo de misterio y ensalzados con la aureola del milagro; y al llegar la edad de la razon, el hombre se esfuerza en su propio pensamiento para desechar el pensamiento impuesto, y aparece el filósofo que depura y acrisola los mismos principios religiosos, y los afirma ó los niega (ortodoxo ó heterodoxo).

En Grecia, los pueblos pelasgos y helenos revelan en sus primitivas manifestaciones religiosas las tendencias del naturalismo indio, con toda la grandeza y deformidad que reviste al llegar al Occidente de Asia. Como aquí, tribútese culto á la luz, adóranse los astros y se prosterna el hombre ante los grandes fenómenos de la Naturaleza. Los poetas homéricos—ú Homero, si existió—fueron los que llevaron á cabo, por medio del arte, la trasformacion de las antiguas ideas religiosas, poniendo frente á frente de aquellas terribles divinidades asiáticas las bellas creaciones del antropomorfismo. Homero fué el Lutero griego, el engendrador de un nuevo aspecto religioso, que es aceptado por los colegios sacerdotales, y alcanza muy luego predominio en los himnos sagrados de las dos principales castas, dorios y jonios.

Este antropomorfismo que no desmentia la personificacion de las fuerzas naturales, sino que por una figura las convertía en personificaciones de los astros, este tropo religioso que así concertaba la idea antigua con la nueva, llegó á ser la genial expresion de la originalidad del pueblo griego. Y es un concepto tan plástico de la religion, que parecen abandonadas sus ideas capitales, inmortalidad, destino futuro, sumo bien, etc. El antropomorfismo tiende más á representar la vida del cielo que no á establecer relacion entre los dioses y el hombre. No quedan, sin embargo, olvidadas esta relacion ni aquellas ideas. Están en el fondo de la religion griega, por más que no aparezcan la mitología artística homérica. No hay ninguna religion que no decida esos capitales problemas. Hay relacion manifiesta de Júpiter, Juno, Marte, Venus, Diana, etc., al hombre, relacion particularísima, individual, no general, de lo divino con lo humano, que, sin embargo, existe, porque el fondo de toda religion, es algo real y objetivo, dado en la posibilidad de que Dios esté en el hombre y el hombre en Dios, y ella por sí misma llamaba á la especulacion filosófica y la engendraba tal vez del modo y manera que la desenvolvió Sócrates.

Este carácter especial de la religion griega, el predominio de las formas que anonadaba bajo las múltiples y admirables creaciones del arte plástico y de la poesia, lo que hay de permanente y esencial en toda concepcion religiosa, la carencia de dogmas bien definidos, de leyes

morales fundamentadas en un principio superior, explican la oposicion de las escuelas y sistemas filosóficos á las ideas religiosas.

En Grecia penetran influencias y tradiciones orientales y, sin detenernos en la consideracion y juicio en este lugar de excursiones y viajes más ó ménos legendarios llevados á cabo por sus principales pensadores, reconocemos como base de nuestros estudios que la filosofia griega no merece el dictado de autóctona. Pero á la vez que esto afirmamos, será preciso confesar que hay mucho de genial y propio en el mundo espiritual de los griegos, asertos que podrian justificarse—si acaso no bastara el exámen de las doctrinas filosóficas en los tres períodos de su historia—considerando por una parte la filiacion etnológica y el origen de los pueblos que vinieron á establecerse en territorio griego, y por otra el génio particular de la nacion helena, que trasciende á todas las esferas de la vida intelectual, mediante ese espíritu curioso y ávido de ciencia que distingue á la raza griega, si hemos de creer á Platon.

Los Jonios, Dorios, Aqueos y Eolios son descendientes directos de aquellos hombres primitivos que habitaban al Oriente y Mediodía de las márgenes del Caspio y en las riberas del Oxo y el Yaxartes; son aquellos *Jávanas* que poco antes de la gran excision que dió lugar á la emigracion meridional de los Aryos, abandonaron su pátria y dirigiéndose á Occidente, penetraron en Europa por las regiones que limitan el Ponto-Euxino. Es, pues, la poblacion griega de raza indo europea, no obstante que alguna de sus familias refleje antecedentes semíticos. Los griegos y los indios reconocen un mismo tronco comun, y los primeros pobladores de la Europa oriental que la historia menciona no olvidan su cuna. Tradiciones primero, datos históricos despues, revelan activa y sostenida comunicacion entre las gentes que moraban en el Peloponeso é islas del Archipiélago, y los pueblos de origen semita ó indo-europeo que dominaban los territorios del Asia menor, Península que durante siglos fué lazo de union entre los dos continentes.

Sobre la base de las propias ideas religiosas, cuyo fondo se enlaza siempre con las doctrinas filosóficas de carácter general, y tomando punto de apoyo en tradiciones más ó ménos inciertas

á oscuras del antiguo Oriente, comienza á elaborarse el pensamiento griego. Pero rigen su vida principios desconocidos ó apenas desenvueltos en la cultura oriental, porque en Grecia el orden civil se impone al orden religioso, el individuo tiene ya responsabilidad como ciudadano y el pensamiento es libre. Condiciones son estas que, unidas á aquel *espíritu curioso y ávido de ciencia*, explican la nueva fase de la cultura humana y el alto grado de independencia y desarrollo que allí alcanzan las artes y la especulación filosófica. Y son de tal índole las circunstancias especiales que favorecen y estimulan el ejercicio de la razón que, á pesar de las sentencias dictadas, por influjo de la clase sacerdotal ó por causas políticas, contra algunos pensadores, se continúan las Escuelas y consigue la filosofía el brillo, la importancia, el majestuoso desenvolvimiento que obtuvo en los días de Platon y de Aristóteles.

Pero hay momentos históricos en que las facultades no se armonizan, sino que viven más ó ménos confundidas en el espíritu. En las primeras edades, en los períodos espontáneos la fantasía se asocia íntimamente al laboreo de la razón, y así aconteció en Grecia, donde, no obstante manifestarse ya en el período antecocrático y con gran empuje las tendencias racionalistas, se acudió á los mitos, á las personificaciones del culto, á los misterios, á las formas poéticas para exponer ó conservar las doctrinas.

Para terminar, recordaremos que la constitución social y política de los Estados griegos favorecía en sumo grado el ejercicio de todas las facultades del espíritu, y bajo una forma de gobierno civil, no hierática, allegó la filosofía mayores condiciones de vida y desarrollo. El mundo griego acude á la razón y encuentra en ella anchos y nuevos horizontes donde espaciar su inteligencia, desligándose completamente del colegio sacerdotal, y adquiriendo de aquí esa libertad y audacia en el pensar que tanto renombre ha dado á su filosofía. La lengua griega, además, analítica con relación á la lengua de los semitas y al habla de los Vedas, con una fecundidad de raíces y derivaciones que maravilla, era también mucho más apta para el desenvolvimiento y progreso del pensamiento filosófico.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

LA MONEDA EN LA ANTIGÜEDAD.

Los que no ven satisfecha su curiosidad en los grandes rasgos de la historia, los que desean entrar en el detalle de las costumbres, los que quieren saber cómo se vivía en el mundo antiguo, cómo se efectuaban los casamientos, cómo se educaba á los niños, cómo se vestía, cuál era la moneda corriente, en qué forma pagaba cada cual á sus proveedores, de qué manera los Rothschild de la época arreglaban sus cuentas, si el patron ó el marco era el oro ó la plata, y si Atenas y Roma conocieron las crisis monetarias como Londres y París, encuentran seguramente un experto guía en el autor francés M. Lenormant.

La última obra suya que se ha publicado en París lleva el mismo título con que encabezamos estas líneas, y constituye un interesante estudio acerca de la moneda en los antiguos tiempos, que no sólo ofrece atractivo á los sábios y eruditos sino á cuantos buscan en el conocimiento del pasado la justificación ó la crítica de las leyes económicas establecidas en el presente. Merece, pues, que demos cuenta de su aparición, y á ello tienden estos rápidos apuntes.

El instrumento de los cambios, en la más remota antigüedad conocida, no era ni una pieza de plata ni una pieza de oro; era un buey ó un carnero.

Sabíamos que *pecunia* viene de *pecus*; pero ignorábamos que *rupia* se deriva de *rúpa*, palabra sanscrita que tiene el mismo significado que *pecus*.

En el nombre mismo de las monedas se encuentra la huella ó señal de las costumbres primitivas.

Todos los pueblos de raza ariana arreglaban sus cuentas al principio por cabezas de ganado. En el *Rig-Veda*, los honorarios de los médicos se valuaban de este modo. Después de una larga enfermedad, se daba al médico un carnero ó un buey. Pero ¿cuál era el precio de una simple consulta? Probablemente una pierna ó una chuleta, según la mayor ó menor celebridad del doctor á quien se consultaba.

En Roma, en una época en que la moneda metálica era ya conocida desde hacía largo

tiempo, las leyes Aternia-Tarpeia y Menenia-Sestia fijaban aun en animales el importe de las multas. Un buey, segun aquellas leyes, equivalia á diez carneros. En las antiguas leyes escandinavas, un buey valia cinco carneros más.

En Atenas, de un hombre que habia vendido su silencio, se decia que habia pasado un buey sobre su lengua (*βους ἐπὶ γλώσσην ἐβίβηκε*). Este proverbio, dice M. Lenormant, se conservaba en el lenguaje como un vestigio del tiempo en que se hacian los pagos en ganado.

Las relaciones de comercio, al desarrollarse, hicieron buscar un medio más cómodo de graduar el precio de las cosas, y se emplearon los metales como instrumento de cambio, mucho antes de la invencion de la moneda propiamente dicha. Se usaban pedazos de cobre, de plata ó de oro, de cualquiera forma y peso. Estos pedazos se colocaban en una balanza, y segun era necesario se recortaban algunos á fin de obtener el peso fijado de antemano entre el comprador y el vendedor.

Más tarde se fabricaron lingotes metálicos de determinados pesos, guardando entre sí relaciones exactas, como del sencillo al doble. Los más pequeños, correspondientes á los valores mínimos, se empleaban en las transacciones diarias.

Esto constituia ya un progreso indudablemente; pero los que recibian aquellos lingotes aun no tenían garantía alguna de su valor intrínseco.

La invencion de la moneda propiamente dicha no se remonta más allá del siglo VII antes de nuestra era. Los griegos y los lidienses se disputan el honor de esta invencion que data del día en que el Estado, por un empréstito oficial, garantizó la ley al mismo tiempo que el peso de los lingotes metálicos empleados como instrumentos de cambio. Aquel día la moneda tomó un carácter fiduciario, y el Estado pudo obligar á los particulares á recibirla.

Peró una vez inventada la moneda, se presentó la cuestion siguiente: ¿Se empleará un metal para la fabricacion de la moneda, ó dos metales? La antigüedad en masa se pronunció en favor de lo que hoy llamamos el *monometalismo*. En Grecia ha prevalecido constantemente la medida de plata. En Roma se adoptó primero la de cobre, despues la de plata hasta el fin de la república, y por último la de oro, en tiempo de los emperadores.

M. Lenormant dá detalles interesantes acerca del sistema monetario de los atenienses. Aunque la moneda legal era la de plata, los grandes negocios en el mercado de Atenas se regulaban en oro. Pero este oro, por lo general, no estaba amonedado; circulaba en la forma de lingotes, cuyo curso variaba de un día á otro. El comercio, la banca era quien determinaba el valor del oro, y no el Estado.

Se conocen, sin embargo, monedas de oro atenienses. En ciertos casos, las necesidades del Tesoro público obligaron al Gobierno á emitir piezas de oro; pero siempre ofrecieron el carácter particular de que, si el Estado garantizaba su peso y su ley, no fijaba su valor. Las piezas de oro eran verdaderos lingotes que seguian libremente las fluctuaciones del valor del metal.

Hasta Alejandro, la relacion de la plata con el oro era, por término medio, de uno á doce; un talento de oro valia doce talentos de plata. Despues de las conquistas de Alejandro se transportaron de Asia á Grecia grandes cantidades del oro. Entonces, un talento de oro no valió ya más que diez talentos de plata; y esta relacion subsistió con ligeras variaciones hasta la conquista romana.

Como se vé, Alejandro cambió sin saberlo las condiciones económicas del viejo mundo, y tiene derecho, en lo sucesivo, á ocupar un puesto en la historia de la economía política.

Otro hecho podemos citar. Los emperadores romanos, á partir de Séptimo Severo, alteraron las monedas de plata, y en seguida empezó la exportacion del oro. Este metal, muy abundante hasta entonces en el imperio, fué escaseando cada vez más. Lo cual demuestra que en todo tiempo y lugar, el valor escapa á las prescripciones de las leyes y los decretos; porque siempre, y en todas partes, depende de la naturaleza de las cosas y de las necesidades del hombre.

Entre el mundo antiguo y el moderno hay más analogía económica de la que se creeria *a priori*. Hoy, la mayor parte de las transacciones de nacion á nacion, ó de una ciudad á otra, se verifican por medio de efectos de comercio. Pues bien; el efecto de comercio por excelencia, la letra de cambio, era ya conocida de la antigüedad. Y, ¿á qué pueblo creerán nuestros lectores que corresponde el honor de esta invencion tan importante acaso como la de la moneda? ¿A los fenicios, los mayores negociantes del viejo

mundo, los holandeses é ingleses de aquellos lejanos tiempos? Nó. A los asirios, de quienes menos pudiera esperarse.

Las letras de cambio asirias se espedian en planchitas de barro que recuerdan, por la forma y las dimensiones, nuestras pastillas de jabon. Se trazaban los caracteres en el barro blando, y despues se metia la pastilla en el horno. El procedimiento no era muy cómodo, seguramente, y hemos hecho bien en preferir el emborrnamiento de un pedazo de papel timbrado; pero ofrecia al menos la ventaja de dar tiempo á la reflexion. ¿Quién sabe? Si los jóvenes que firman efectos de comercio tuvieran necesidad de llevar su pastilla al horno, y esperar á que estuviera perfectamente cocida, más de uno, tal vez, retiraria su letra de cambio y la haria pedazos.

Las condiciones del comercio entre los asirios y los babilonios, explican que estos pueblos hayan sido los primeros en realizar la idea de la letra de cambio. El comercio fenicio se hacia principalmente por mar. Y el de la Asiria y Babilonia, por el contrario, no podia ser, por efecto de la situacion geográfica, mas que terrestre, por medio de caravanas y á través de grandes desiertos. El transporte de numerario era por consiguiente muy costoso, y sobre todo ofrecia grandes riesgos. Estas razones indujeron á los asirios á servirse de la letra de cambio; y cuando los judíos de la Edad Media la inventaron por segunda vez, obedecieron indudablemente á motivos análogos.

RICARDO DE MEDINA.

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS.

SOBRE LA HISTORIA DEL SIGLO XVI.

Respuesta al artículo de H. Baumgarten.

Hace un año que salió á luz en Madrid un opúsculo intitulado «La Reseña del movimiento historial en España, de M. Alfred Morel-Fatio, por Augusto Pecoul, antiguo discípulo de la Escuela de los Diplomas en París.» El trabajo de Mr. Pecoul se publicó primeramente en la *Revista de Archivos y Bibliotecas*: despues salió á la luz en un folleto de 20 páginas, impreso

en casa de Fortanet, en gran papel, y tamaño casi de á folio.

Es Mr. Pecoul muy conocido en la buena sociedad de Madrid, y aún más entre los literatos españoles, por haber residido algunos años entre nosotros, agregado á la embajada francesa. En Madrid se hallaba también á principios del año pasado 1877, cuando principió á circular por aquí la Reseña del movimiento historial de España, que publicó Morel-Fatio en la *Revue historique*.

El trabajo de Mr. Morel-Fatio, de mérito en su fondo, y nutrido de datos, ni era completo, ni exacto siempre en sus apreciaciones, ni menos imparcial. Pero sobre estas cualidades negativas descollaban dos defectos graves, una altanería y arrogancia tales, que rayaban en desprecio, y un abuso de calificaciones fuertes y duras, que salian de los límites que la cortesía permite en la apreciacion de los trabajos literarios, cuando se hace aquella con la serenidad y buena fe que debe presidir en la critica justa y desapasionada, para que el censor y la censura corrijan sin lastimar ni herir. La censura de la Historia de los judíos por el Sr. Amador de los Rios, tirándola, como suele decirse, á los piés de los caballos, y lo mismo las de otros literatos, por su misma exageracion vino á quitar toda su fuerza á las observaciones criticas, mucho más cuando estas se hacian sin prueba alguna y bajo palabrade honor, como decirse suele.

Así que Mr. Pecoul, como correspondiente de la Real Academia de la Historia, se creyó en el caso de volver por el decoro de nuestra literatura ante aquella corporacion, y publicar el trabajo que leyó en ella. En la primera plana (página 5), dice á este propósito:

«Con elogios muy merecidos tributados á doctos españoles, elogios á los cuales se asiente con justicia, el Sr. Morel-Fatio, endereza á otros escritores, y á la ciencia histórica española en general, censuras, quizá alguna vez fundadas, pero que son inadmisibles por la forma ofensiva usada en ellas.»

«Podriase preguntar si los autores que el señor Morel-Fatio encomia habrán estimado sus alabanzas, por supuesto muy merecidas, tanto como si hubiera procedido con mayor equidad respecto de otros á quienes maltrata, siendo dignos de las mayores consideraciones.»

Lo que decia Mr. Pecoul acerca de las califi-

caciones altaneras é injustificadas de Mr. Morel Fatio, se viene, no solamente á las mientes, sino á la pluma, á propósito del artículo de H. Baumgarten, "acerca de las publicaciones españolas sobre la historia del siglo XVI," que ha visto la luz en el tomo XI de la REVISTA EUROPEA, núm. 217 de la coleccion, correspondiente al día 21 de Abril de 1878. Y se viene tanto más á la memoria, cuanto que el artículo de Baumgarten, en muchas de las cosas que en ese número se dicen, parece un eco fiel de aquel otro, hasta el punto de hacer creer (Dios y el escritor me perdonen el juicio temerario, si lo es) que algunas de las obras las ha visto Baumgarten con los ojos de Morel-Fatio, lo mismo en lo que aplaude que en lo que vitupera. Nuestros lectores comprenderán la necesidad de contestar á los dos á la vez, y de paso juzgarán si el juicio que formo es temerario. Abstendréme de toda calificación dura ni fuerte, á fin de que no se me diga que incurro en los mismos defectos que censuro, y solamente heriré en lo que sea necesario por vía de defensa y restablecimiento de la verdad. Mi objeto no es defender mi Historia eclesiástica (cuestion personal y secundaria) sino manifestar que no estamos en el caso de pasar por las apreciaciones de la crítica racionalista extranjera.

Ante todo, es de advertir que el criterio de uno y otro escritor, lo mismo Mr. Morel-Fatio, que Baumgarten, es protestante, con sus puntas de racionalista: en tal supuesto, claró está que en las cuestiones de religion y de catolicismo ha de ser distinto, y les ha de parecer á ellos muy mal lo que á los católicos nos parece muy bien. Pero á la vez en estas disputas interminables, los católicos tenemos derechos iguales á los de los protestantes, y no hago poco en calificarlos de *iguales* para ante el tribunal de los indiferentistas, pues ante los católicos, y como buen católico, no me es lícito reconocerles derechos iguales, pues sería equiparar el error á la verdad. Así que, léjos de sentir la censura que uno y otro hacen de mis libros, y en especial de la "Historia eclesiástica de España," las he leído una y otra vez con singular complacencia, y me alegraré de que las repitan, pues tales diatribas, no solamente no me rebajan, sino que me enaltecen. Mas yo no voy á llevar esas cuestiones al terreno de la Teología, sino al de la crítica *historial*.

Morel-Fatio dice que está "llena de ultramontanismo repugnante." Es verdad que en otros puntos me elogia y faltaría yo á los deberes de cortesía y gratitud si por ello no le mostrase reconocimiento. Pero repetir esas frases lisonjeras seria tambien falta de modestia, sobre que á nada conducen. No estoy ménos reconocido á los elogios que me *prodiga* (pues excesivos los hallo) Hermann Baumgarten en su citado artículo, y aunque en algunos puntos coincide con las apreciaciones de Morel-Fatio, en otros se hallan algunas que son suyas peculiares, y que indican haber leído la obra y no de priesa. Es más, en el artículo de Baumgarten hay inexactitudes pero no ofensas. Cayóme en gracia la calificación *católico terriblemente ortodoxo*, (¡válgame Dios si viera cómo me han puesto ciertas gentes!) que no puede hablar sin cierto *extremecimiento (sic)* del protestantismo. Los paisanos del poeta Marcial, de allá del riñon de la celtiberia no nos asustamos tan fácilmente. Yo comprendo á un racionalista con sus negaciones absolutas, pero no me hacen gracia las medias tintas protestantes, creyendo en la Trinidad y no creyendo en la Transubstanciacion. Que no se describe el movimiento progresivo de la Iglesia, es un cargo gratuito que ni el censor prueba ni puede probar, ni creará nadie que haya leído la historia eclesiástica de España. Es más, como yo no admito el principio casi fatalista del progreso continuo, presento las épocas de retroceso hasta por siglos, pues describo la gran decadencia del siglo V, los esfuerzos de restauracion del VI, el gran esplendor del VII, la decadencia de la Iglesia en este desde el destronamiento de Wamba y la ruina completa á principios del VIII.

Despues de la gran oscuridad de los siglos IX y X miorar los principios de la restauracion religiosa desde el XI y las causas que contribuyeron á ello, la influencia cluniacense, con sus grandes ventajas y sus pequeños inconvenientes. los esfuerzos progresivos, pero poco felices, del siglo XII que dieron los brillantes resultados de la gran restauracion del siglo XIII, el siglo de gran esplendor en la Edad Media, que yo sólo describo en España, pero que más de una vez parangono con el de la Iglesia en general; la decadencia que viene en los siglos XIV y XV, como describo con vivos colores la del siglo XVII y primera mitad del XVIII con respecto al gran

explendor y progreso del siglo XVI. Quien no haya visto esto en ella, no la ha leído bien.

Vamos, pues, á ver los puntos concretos en que halla faltas el citado crítico:

1.º No servir para el estudio del desarrollo progresivo de la Iglesia.

2.º Mosáico de hechos aislados y muchas veces de interés secundario.

3.º No entrar en la gran corriente del movimiento histórico.

4.º Desconocimiento completo de la historia de Alemania.

5.º Poner en caricatura á Francisco I.

6.º Equivocar una fecha con respecto al concilio de Trento.

7.º Callar el conflicto entre Felipe II y la curia romana.

Ya me daría yo por contento con que no tuviera mi obra más que estos siete pecados, caso de que sean ciertos, pues al fin no son de los más graves, y mucho más reconociéndome imparcialidad, rectitud y amor á la verdad sin ambages ni disimulos, que es lo principal en el historiador. Pero veamos si esos cargos son exactos, cuáles de ellos y hasta qué punto.

El primero de no diseñar el desarrollo progresivo de la Iglesia, coincide con el de no entrar en la gran corriente del movimiento histórico.

Por lo que hace á esos cargos, es de advertir, que uno de los mayores defectos de que adolecen las historias particulares, es el de meterse en las corrientes de la historia general, en las cuales, como de más fondo, se navega mucho mejor que en las aguas bajas de las historias particulares. Tengo más de veinte historias de poblaciones de España, en que se habla de todo menos de la historia del lugar, pues sus autores, navegando dulcemente por esa gran corriente, han pretendido hablar, por ejemplo, de la política del emperador Carlos V, para venir á decir al fin del capítulo, que aquel señor estuvo en su lugar, donde oyó misa y almorzó en casa del cura ó el alcalde. El afán de generalizar es uno de los vicios que se achacan á la literatura moderna en general, y á la historiografía contemporánea en particular. He procurado evitar ese escollo, para reducir á seis tomos los materiales que tenía para más de doce.

2.º Mosáico de hechos aislados, y á veces de interés secundario.

Es cuestión de gusto, y en este punto cada

uno tiene el suyo. Precisamente de Alemania nos ha venido ese modo de escribir la historia, fraccionándola en cuadros aislados. Yo hube de hacer la primera edición calcada sobre la de Alzog, que publicó la Librería Religiosa, y hube de adaptar la mía á la de aquél. Reprendiéndome por ello un sacerdote español tan ilustrado como competente. Yo le manifesté los graves inconvenientes de volver al estilo clásico de los cronistas, y que, de seguro, si me hubiese sujetado á él, se me hubiera zaherido por ese motivo al hacer la segunda edición.

En cuanto á contener la historia particular puntos secundarios, esto, lejos de ser un defecto, es una ventaja. Pues qué, ¿el buen labrador desperdicia los terrenos de segunda? En vegas y tierras de primera, cualquiera cosecha. El censor desciende aquí á probar su aserto, y precisamente indica con ello, que es más fácil censurar lo escrito, que evitar lo censurado al pasar á escribir. Echame en cara el haberme detenido con grandes detalles en el origen de la Políglota Complutense. No haré á mi censor la injusticia de creer que considere la impresión de la Complutense como cosa de segundo orden, pues formaría bajo concepto de su saber bibliográfico y competencia en la materia si tal asegurase. Supongo que querrá dar á entender que me extendí demasiado sobre ese punto. Por de pronto, yo no hablo del *origen*, sino de la impresión: el origen databa de las *Hexaplas* de Orígenes. El párrafo en que se habla de ella lleva por epígrafe: *La tipografía en España al amparo de la Iglesia, Políglota Complutense*. Yo no iba á tratar de la tipografía metiéndome en la gran corriente de la historia general, ni bajo el punto de vista secular y profano, sino sólo en lo religioso é importante para la Iglesia.

Tiene el párrafo poco más de siete planas. De estas se dedica la mitad á la celeberrima Políglota, la primera de la cristiandad, y recién descubierta la imprenta, ¿quién que la conozca lo hallará demasiado? Aun eso está tomado del P. Quintanilla, y por cierto que no debe echarmelo en cara, pues poco antes me había elogiado por «dejar la palabra á los contemporáneos, lo cual presta atractivo al libro.»

Podía haber cercenado en la narración del franciscano unas veinte líneas; pero, ¿merecía esto la pena de poner puntos suspensivos?

Por lo que hace á Erasmo, si tuvo influencia

en la Europa central y del Norte, en la parte meridional, y sobre todo en España, tuvo tan poca que apenas merece citarse. El que haya algún prelado que le mostrara aprecio y algún fraile que otro de quien á principio de la protesta se dijera que *erasmizaba*, son datos tan recónditos que, aun cuando se conozcan, no merecen citarse como cosa importante, y menos por quien echa en cara el descender á noticias de segundo orden. Ya sabemos la manía de los eruditos en este punto: cada noticia que ellos saben y no se cita por el escritor, es una cosa importantísima, trascendental, capaz de trastornar el mundo.

Lo mismo podemos decir de Valdés: las mismas obras que se han escrito acerca de los heterodoxos españoles le dan importancia secundaria, y la obra del Sr. D. Fermin Caballero lo acredita así. Publicóse ésta en 1875, y para entonces ya estaba terminada mi historia. Por de pronto, podría preguntar á mi censor de cuál de los Valdés habla, pues el libro del Sr. Caballero (donde está la correspondencia de Alonso de Valdés con Erasmo, que le ha sugerido esta advertencia) trata de los dos hermanos, Alonso y Juan de Valdés. De Alonso, el amigo de Erasmo, dice el Sr. Caballero al hablar de su muerte: «El último período de la vida de Alonso de Valdés había permanecido hasta ahora muy oscuro.» Malos católicos como él los había entonces á centenares en España, y buenos católicos que influyeran más que él en las cosas de la Iglesia los había también, y no he podido citarlos ni describirlos. ¿Qué importan, pues, las relaciones de Valdés con Erasmo para la marcha general de la Iglesia, ni para la particular de la de España? A dónde íbamos á parar si la historia hubiese de descender á todos esos pormenores que encantan en las biografías, y estorban en la historia.

Dejemos á un lado lo de la falta de *humanismo* de que habla el autor: es una frase hueca de esas que se usan ahora, que parece que quieren decir mucho, y nada de cierto ni fijo expresan. La calificación de *bondadoso* niega que sea oportuna con respecto á Paulo III: no lo extraño, pero como mi criterio no es racionalista, ni protestante, sino católico, lo sostengo y ratifico.

El presentar los vicios de Francisco I reconocidos por biógrafos y cronistas, y explotados hasta por novelistas y pintores, en el género romancesco, no es hacer caricatura sino crítica.

La historia general de la Iglesia católica, en su gran corriente, le acusa y acusará de mal católico, y de haber preparado con su mala conducta las guerras religiosas y civiles que asolaron la Francia. Los protestantes no lo ven así: ¿pero he de guiarme yo por su capricho? Son ó no son ciertos los hechos de que yo le acuso. No sirve decir que fué un Rey galante y caballero: se puede ser Rey *galantuomo* y ser mal católico. La escuela liberal le aplaudirá, pero la católica no; y sobre todo, una cosa es censurar, y otra hacer caricaturas.

Lo de la equivocación de fecha de 1547 por 1552, que me acumula el censor, es un cargo gratuito; y eso que la califica nada menos que de *torpe*. Los escritores contemporáneos indican que durante la primera reunión del Concilio de 1542 á 1547, en cuya fecha me ratifico con el Concilio de Trento en la mano, los padres no siempre se dieron por seguros en Trento, por temores que exageraban los italianos, pero que no abrigaban los españoles y alemanes, como allí digo.

La Bula misma de traslación dada en Febrero de 1547 y que viene en la sesión VII, dice que puedan hacerla los legados *ad aliam commodiorem et opportuniorem seu tutiorem civitatem*. En el párrafo siguiente se dice: El Emperador manifestó gran sentimiento por la traslación, cabalmente en el momento en que sus victorias sobre los hereges ponían la ciudad de Trento á cubierto de un golpe de mano. Ahora sabemos las posiciones que tenían entonces los contendientes, pero no era tan fácil saberlo entonces, y el historiador tiene que ponerse en el terreno histórico, no en el de la casualidad. Vea, pues, mi censor cómo mi *torpe* equivocación es una equivocación suya, que yo me abstengo de calificar de torpe.

En cuanto al conflicto de Felipe II con la Curia romana, debía mi censor ser algo más explícito. Yo doy noticia de varios conflictos, y es posible que él no los haya hallado: en la página 318 se habla de los conflictos de 1572 y 1593. En la misma página cito un conflicto de jurisdicción *entre mil que se pudieran citar por el mismo estilo*.

Dadas las exiguas proporciones á que yo he tenido que reducir la Historia eclesiástica de España, por condiciones editoriales y otros conceptos, no me parece un exceso de galantería

el suponer que el historiador sabe algo más que lo que ha dicho en su obra.

Nada diré respecto al cargo de desconocimiento de la Historia de Alemania... «de decir tantos absurdos como palabras acerca de la liga de Esmalkalda...» y de llamar «monstruosidades» á mis calificaciones respecto al Duque de Sajonia, á quien yo acuso y él defiende. El criterio protestante desde Lutero hasta Morel-Fatio y Baumgarten, ha propendido siempre á llamar galantería la lascivia de los reyes. Por ese motivo no podemos convenir en apreciaciones, cuando nuestros puntos de vista son tan distintos y nuestro criterio tan diferente. ¿A qué, pues, discutir, si no nos hemos de entender? El hablar de la habitual lascivia y otras malas cualidades de Francisco I, lo llama mi censor *caricatura*: ¿qué extraño es que llame *bondadoso* á Juan Federico? Los que participaron de sus rapiñas á la Iglesia en Alemania, como de los de Enrique VIII en Inglaterra, no habian de llamar malvados al uno y al otro, siquiera por decencia. Pero si digo tantos desatinos como palabras acerca de la liga de Esmalkalda, haga por probar que los protestantes ganaron la batalla de Albis (según suelen llamarla nuestros escritores,) pues casi es de lo único de que hablo incidentalmente como cosa relacionada con nuestra historia, puesto que las vicisitudes de aquella liga corresponden á la historia general y no á la particular de España.

Concluyo con esto mi vindicacion y respuesta, á la cual, contra mi voluntad he dado mas extension de la que queria y pensaba: achaque deplorable de las réplicas, pues si no se contesta á todo parece como que se confiesa uno derrotado en lo que no contesta. Por ese motivo he rasgado citas y pruebas que tenia amontonadas.

Una observacion me permitirá solamente acerca de las apreciaciones que Mr. Morel-Fatio, en su día, y ahora el Sr. Baumgarten, hacen relativamente al viaje de su mimado libro de E. Cock, Mr. Morel, que al hablar de las crónicas que publica Rivadeneira bajo la direccion del Sr. Rosell, dice que en ellas «las notas brillan por su ausencia» ¿por qué no las puso él á la obra de Cock? Pues bien las necesitaba, porque adolecen de inexactitudes, que, de pasar sin correctivo, como se han impreso pueden inducir en errores. Desde las primeras páginas los hay de consideracion.

Principia el viaje en la pág. 10, en la cual se llama Cañalejas al pueblo de Canalejas. Al hablar de la Universidad de Alcalá, pág. 11, dice de su rector: «este tiene la autoridad de casi toda la villa, excepto la justicia seglar que pone Su Majestad.» Ni el rector tenia la autoridad de casi toda la villa, pues solamente tenia la jurisdiccion del fuero académico en los matriculados, ni la justicia seglar la ponía Su Majestad. La villa de Alcalá de Henares fué de los arzobispos de Toledo en lo espiritual y temporal hasta el año 1834. El arzobispo nombraba un vicario general para lo primero, y un corregidor para lo segundo. El primer corregidor nombrado por la corona lo fué D. Pedro Gomez de la Serna, y tambien el primer corregidor que entró en la Universidad con baston, pues hasta entonces nunca se le habia consentido esto, como tampoco en la de Salamanca.

En lo que dice luego acerca de la jurisdiccion eclesiástica, hay otras dos inexactitudes. A San Justo y Pastor los llama *estudiantes*: no es costumbre llamar estudiantes á los *doctrinos*, ó niños de la escuela, ni llegaban aquellos á mancebos ni aun á ser adolescentes, pues eran niños, y lo muestran sus reliquias.

Tampoco es cierto que los graduados para obtener canonicatos en la iglesia de San Justo, hubieran de ser todos de la Universidad de Alcalá, pues en las prebendas del arzobispo podia éste presentar graduados de Salamanca, Valladolid y Bolonia.

En las cosas de Aragon se tropiezan tambien varias inexactitudes, á que no necesito descender. Bastará con indicar estas para manifestar cuan conveniente hubiera sido salvar por medio de notas estas inexactitudes.

VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 23 de Mayo de 1878.

LA PIERNA DE JUANITO.

Ni nada grave tenia yo que reprochar á Adela.....

(Suplico al lector tenga en cuenta que no soy yo, el autor, el que habla, pues á esta Adela no la conozco ni de vista. Quien así se expresa es el Sr. Roberto Cefali, doctor en leyes, propietario y marido de Adela.)

Ni nada grave tenia yo que reprochar á Adela, ni nada de serio tenia Adela que reprochar en mí, pero ello es que no podíamos sufrirnos, ó para hablar en justicia, yo no la podia soportar, pues Adela era tan flemática de carácter, que ni de una violenta antipatía era capaz. Platicando con mis amigos, solia yo llamarla *mírame y no me toques*, aun cuando no la tenia en el concepto de mujer frágil, libreme Dios de tal pensamiento, sino porque cuando hacia cualquier movimiento ó abria la boca para hablar parecia una persona que temiera quebrarse ó deshacerse.

Era yo en otros tiempos un jóven algo insustancial, pero habiendo adquirido luego, sin darme cuenta de cómo, mayor valor é importancia moral, considerábame á mí mismo cual una víctima del matrimonio. A mi edad, con mi talento (pase por modestia), mi título de doctor *in utroque*, regular fortuna é independencia absoluta (pues mis padres habian fallecido poco tiempo hacia), hubiese llegado á hacer un brillante papel en el mundo á no ser por aquella mi bendita consorte que no tenia un átomo siquiera de idealismo. Baste decir, en corroboracion de lo dicho, que cuando durante nuestra luna de miel tuve la ingenuidad de leerla algunos de mis versos, jamás la pude arrancar un grito de admiracion. No se vaya á creer que ésta fuera la principal razon en que mi antipatía hácia ella se fundaba. Suele decirse: *¿quién es ella?* Mas yo diria, investiguemos, sí, quién es ella, pero sepamos también cuál es la razon de los hechos, que muy bien puede encontrarse en la humana vanidad, pues vanidad herida ó vanidad halagada suelen ser los manantiales de muchos odios y muchos amores, y véase cómo segun que me hago viejo, vóime haciendo filósofo.

En suma, hubiera sido difícil el encontrar otro matrimonio más aburrido que el nuestro, y era cosa de gusto el ver cómo siempre que Adela y yo nos hallábamos juntos á solas, bostezabamos uno frente á otro. El nacimiento de Juanito no vino á alterar en nada tan interesante situacion: Adela quiso criarle, y durante la lactancia pasó á ocupar habitacion separada; mas terminada esta no manifestó propósito de volver á la antigua costumbre. —Ella hablará, —decíame yo con profunda sabiduría, y entre tanto buscábame en los teatros distracciones

que me indemnizaran de mi solitario tálamo. Adela no hablaba: era, eso sí, testaruda como una piedra. Como á la mayor parte de las mujeres virtuosas, la bastaba con un hijo.

Hay que confesar que Adela queria mucho á Juanito, al que prestaba todo género de cuidados, y continuamente le estaba lavando, mudándole de ropa y haciéndole saltar sobre sus rodillas, pareciéndome que jugaba al pelele con él, pues, yo como hombre superior, desdeñaba los mimos y sentia por mi hijo un afecto lleno de dignidad. Los grandes sacrificios, las virtudes heroicas comprendíalas perfectamente y sentíame capaz..... solamente que el siglo en que vivimos es tan prosáico! Eso sí, mientras tanto Juanito crecia perfectamente y á los tres años y medio era un niño hermoso, vivo, un verdadero capullo de rosa que hubiera hecho las delicias de un hombre más serio que yo. Pero por mi parte, atendíale poco; hasta aquel niño, pobrecillo! me parecia un cómplice de la compression de mi fantasía; y él por tampoco me hacia muchas fiestas, siempre teniendo en parte suya á su mamá. Esta, y yo, á propósito del niño, de continuo sosteniamos cuestiones, no recuerdo sobre qué, pero siempre por cosas fútiles, y como unas palabras traen otras, dijo una vez Adela:

—¡Vaya una vida agradable que llevamos!

—Pues que cada uno tire por su lado,—respondí.

—¡Oh! por mi parte...—añadió ella.

Cogí entonces la ocasion por los cabellos, y espuse mi pensamiento de una separacion, cuya enunciacion la puso un poco pálida; pero cuando se hizo cargo de que todo se haria en secreto, y que la dejaria á Juanito hasta los doce años, sin otra obligacion que enviarlo á pasar conmigo quince dias cada seis meses, convino en que indudablemente esto seria mejor para mí. Yo completé su pensamiento, diciendo:

—Mejor para los dos,—y continué:—Será preciso escribir á tu padre que venga á buscarte.

—Yo misma le escribiré mañana.

—No hay necesidad de decirle el por qué.

—Ciertamente; eso seria darle un disgusto.

—Se finje cualquier pretexto; tu salud, la necesidad de respirar el aire de tu país, además, á Juanito le sentará bien.

—Juanito no puede estar mejor de lo que está.

—No importa, esas son cosas que se dicen. Luego de que estés allí, poco á poco, le cuentas claramente lo que pasa.

Ella no me contestó, pero pareció quedar convencida de la conveniencia de mis observaciones, y me alejé de su presencia ligero como una pluma. Estaba á punto de reconquistar mi libertad, y pensé en el mejor modo de emplearla. Ya en adelante todo me sería permitido, menos casarme, y esta única prohibición confieso que no me era penosa en modo alguno. Tampoco, sin embargo, pensaba en comprometer mi reputación, pues no era ningún mal hombre; pero, lo repito, lo esencial para mí era estar libre. La presencia de Adela que, á decir verdad, no tenía nada de fea, me atacaba á los nervios y me cortaba las alas. ¡Era una fatalidad!

Mis amigos, todos solteros, aplaudieron mi resolución.

—A esto hay que venir á parar. Cuando no se está bien juntos, lo mejor es que cada uno eche por su camino.

Tal fué la profunda sentencia que lanzó un doctorcillo en filosofía, que era el Solon de la trinca, y despues cada cual dijo la suya. Téngase en cuenta que allí el más viejo contaba treinta y dos años, y yo, casado, y con un hijo, tenía solamente veintisiete. Habíame casado á los veintidos y medio, antes de haber terminado mis estudios universitarios. ¿Puede darse mayor desatino?

—A esa edad no es uno responsable de las propias acciones,—decía nuestro sábio.

—Así es; no es uno responsable,—dije yo.

Me sentí con la conciencia tranquila y el alma desahogada, como hacia mucho tiempo no me veía. Para decirlo todo, aquella noche nos bebimos una botella de Champagne en celebridad de mi emancipacion, y se brindó á mis futuros triunfos literarios, de los cuales ¿quién podía dudar? Los otros pudieran ser, pero yo, seguramente que no.

Habiendo salido de mi casa despues de comer, torné á ella á hora ya avanzada de la noche, y con gran asombro mio, mi mujer me salió al encuentro.

—Juanito se ha caído,—me dijo,—y se ha causado una terrible contusion en la rodilla.

—Qué, ¿se ha caído? y, ¿cómo?... ¡Dios mio!... el niño... pero... si no teneis cuidado ninguno con él.

—Culpa de nadie ha sido,—me respondió tranquila, pero seria.—Avisé en seguida al médico.

—No será para tanto. Con unos baños de arsenica hubiese bastado.

—No tal... El médico dice que hay que esperar á ver lo que resulta.

—¡Oh! el médico.

—Le ha puesto un vendaje y ha dicho que volverá mañana.

—Y vestida aún... ¿Por qué no te acuestas?

—Porque el pobrecito niño no está tranquilo un momento. Oyele cómo llora. Voy á allá.

—¿Quieres verle?

—Ahora, ¿para qué? Ya le veré mañana.

Y me retiré á mi cuarto, que estaba situado al extremo opuesto de la casa. Cerré cuidadosamente las dos puertas para que no me incomodase ningún ruido, me desnudé y me metí en la cama.

—Las mujeres,—reflexionaba entre mí,—por cualquier bagatela arman un aparato de mil demonios, y los médicos vienen á echar leña al fuego. Y todo es únicamente para darse importancia y para sacar más provecho. Si en este mundo no hay más que egoistas.

Estiré los brazos voluptuosamente, acomodé bien las almohadas bajo mi cabeza y poco tardé en dormirme, bien persuadido de tres cosas: primero, que Juanito no se habia hecho casi daño; segundo, que Adela habia de propósito exagerado el mal con objeto de darme un disgusto, y tercero, que yo era la única persona de talento y moderacion en la casa.

Por la mañana, despues de levantarme bastante tarde, fui á la habitacion de Juanito, donde mi mujer habia velado toda la noche. Juanito se quejaba poco, pero tenia el rostro encendido y algo de calentura.

El médico le examinó la pierna que estaba muy hinchada por la parte de la rodilla, y le mandó poner sanguijuelas.

—¿Hay fractura?—le pregunté.

—Fractura no...

—Pues no habiendo fractura...—dije yo gravemente.

—Oh!—contestó el doctor,—hay contusiones que son peores que las fracturas.

—¿Qué gusto tienen los médicos en alarmarle á uno!—pensé.

En último resultado, como la cosa no se veía

clara, me fué imposible escribir á mi suegro para que viniese á buscar á Adela.

Y á todo esto Juanito no mejoraba. Seguía con la pierna siempre hinchada y sin poderla apoyar en tierra, y cualquier movimiento hacia le sufría.

Acostumbrado á correr y saltar todo el día, debía padecer mucho el pobre chiquitín; teniendo que estar de continuo en la cama ó sobre el sofá.

En pocos días perdió su color sonrosado, hájaronse sus mejillas y sus vivos y brillantes ojos se tornaron lánguidos. Adela, que no se movía de su lado, hacía cuanto estaba de su parte por tenerle contento, y cada vez que yo salía me decía:

—Trae juguetes para Juanito.

Y decía esto como la cosa más natural del mundo: como si fuese una obligación propia para mí el ir yo mismo á las tiendas de juguetes, y cual si entre ella y yo no mediase el acuerdo de separarnos. ¿Y qué había de hacer? No tenía otro remedio que comprar los juguetes afrontando las risitas de mis amigos. ¡Dichosa emancipación! Aquella enfermedad de Juanito había venido á ser un gran entorpecimiento para conseguirla.

A todo esto la cosa iba larga. El médico de cabecera manifestó que creía necesaria una consulta, y llamamos para éste objeto á uno de los más entendidos profesores de cirugía de la población, el cual, tras muchos preámbulos, vino á decir en conclusión que se había formado un tumor, que el niño debía tener tendencia linfática, que la curación tendría que ser larga y otras varias cosas tan agradables como éstas.

Desde aquel momento la pierna del pobre Juanito sufrió toda suerte de martirios. Emplastos, vejigatorios, incisiones, inyecciones cáusticas, cada día una nueva tortura.

Tales espectáculos eran superiores á mis fuerzas, por lo que así que venía el doctor sentía una necesidad imperiosa de irme á tomar el aire. Mi mujer, ¡dichosa ella! merced á su flemático carácter, podía asistir á la cura, sostener con firmeza la pierna del enfermo, y merecer el título de enfermera-modelo, y cuando yo, conolido verdaderamente por los padecimientos del niño, dejaba escapar de mis labios dos ó tres juramentos, aún hallaba modo de decirme sonriendo:

—¿Qué se vá ganando en rebelarse contra la Providencia?

Por lo demás, á mi en nada me maravillaban, ni su paciencia ni su resistencia física. Al primer aspecto cualquiera la hubiese tenido por una mujer de naturaleza débil; mas tenía indudablemente una fibra de acero para no caer enferma, velando la mayor parte de las noches y constantemente encerrada entre cuatro paredes. Yo, sin embargo, padecía mucho más, y eso que me acostaba á mi hora de costumbre todas las noches y pasaba fuera de casa la mayor parte del día. Cuestion de temperamento, de nervios, mi mujer no tenía nervios.

Cuatro semanas habían pasado desde que Juanito se causó el daño en la pierna, y el pícaro tumor que se le había formado no llevaba trazas de curarse. Los dos médicos que le asistían se mostraban algo embarazados al responder á nuestras preguntas. *Esperaban* que pronto se arreglaría todo, aunque convenían en que la cosa iba larga y que se habían manifestado complicaciones inesperadas. De un millón de caídas que tienen los niños, apenas hay una que tenga estas consecuencias, y esta una habían tocado á nosotros.

Adela, triste, pero tranquila, manifestó deseos de oír un tercer parecer, y esta vez se recurrió á un médico muy célebre de otra población, uno de esos hombres cuyas palabras son de oro, y dígolo sin metáfora.

Examinó éste durante una hora larga la pierna de Juanito, tocando, comprimiendo é introduciendo la sonda sin misericordia. El niño hubiera causado lástima á una roca. Yo sentía un sudor frío que me obligó á salir tres veces del cuarto.

Mi mujer, con la mano del pobre mártir entre las suyas, ni hacía un movimiento ni pronunciaba una palabra; tenía los ojos secos y los labios blancos.

Tras el exámen local vino el exámen general, el cual pareció dar un resultado satisfactorio, pues no obstante su tendencia linfática, Juanito era muy robusto. Los tres médicos se retiraron á un extremo de la habitación á conferenciar entre sí y de comun acuerdo dispusieron un método curativo.

—Si este no dá resultado...—dijo el doctor Allinori, que era el último á quien se había llamado.

—Entonces?—preguntó mi mujer con voz apagada.

—Entonces pensaremos en otro,—contestó el médico sin dar más claras explicaciones.

—Cuando se hubo despedido yo le seguí por el pasillo, y poniéndole en la mano un billete de Banco de los de más valor, le pregunté en voz baja:

—¿Y bien?

—Pues se hará otra experiencia.

—¿Pero no creéis que conseguiremos algo?

—Yo espero que sí. Mas si así no fuese, habría que acudir á un medio heroico.

—¿Cuál?

—Oh!... por ahora es inútil que tratemos de él... Ya hablaremos más adelante.

—No, decid, decid... ¿Qué medio es ese?

El doctor Allinori, bajando la voz, murmuró:

—La amputación.

Oyóse un grito comprimido. Era mi mujer, que había venido de puntillas; y estando algo oscuro el pasillo había podido llegar sin ser notada hasta oír la terrible palabra pronunciada por el doctor.

—Señora, señora,—dijo éste muy pesaroso de lo ocurrido,—no hay que alarmarse; eso es una eventualidad remota... Nosotros los médicos estamos en la obligación de prevenir todos los casos.

Adela parecía ya más tranquila.

—No sé,—contestó.—Pero volveréis, ¿no es verdad?

Quedó convenido que el doctor volvería de allí á los quince días, y entre tanto se esperó el resultado del nuevo plan curativo.

Aquello de la amputación era horrible. No podía avenirme á la idea de ver aquel diablillo de Juanito sin una pierna. Sus muslos de rosas y leche, sus duras pantorrillas eran el gran orgullo de su madre, la cual apenas encontraba á algun conocido ya estaba levantando los pantaloncitos al niño para enseñar sus formas redondas y llenas; cosas todas estas en que yo había reparado poco mientras Juanito estaba sano, pero que apreciaba en todo su valor ahora que la fatalidad venia á castigar tan cruelmente á la pobre criatura. Sí, lo confieso, entonces fué cuando comencé verdaderamente á experimentar el sentimiento de la paternidad. La pierna de Juanito me pertenecía; yo no podía permitir que el cuchillo de un cirujano la cortase, y tra-

taba de poner de mi parte á mi mujer y de arañearla una fiera y decisiva protesta contra la barbarie que se tramaba en nuestro daño, pero ella limitábase á decir:

—Confíemos en que no será necesario.

Juanito no sufría siempre. Tenía lúcidos intervalos, durante los cuales reía y jugueteaba como en otros tiempos. Habíamos hecho construir para él un cochecito de mano con muelles que era una maravilla; y cuando hacia buen tiempo le llevábamos al jardín y aun fuera de casa, y entonces absorbía ávidamente el aire y el sol y recreábase con el perfume de las flores y el vuelo de las mariposas, él, que hasta hacia poco tiempo, era una mariposa y una flor. Era necesario obligarle á permanecer quieto en su asiento, porque olvidando su enfermedad, á cada momento queria saltar de él y echar á correr como veia hacer á los otros niños. ¿Por qué habia de ser de diversa condicion que ellos? El, por supuesto, no tenia conocimiento de la gravedad de su estado y echaba siempre cuentas de poderse levantar mañana ó de hacer mañana aquello que deseaba. Su madre le secundaba en estas ilusiones, y yo, cada vez que le oia tales frases, faltábame poco para echar á llorar. Cuando la niñera se fatigaba de llevar el cochecito, Adela, que era la única que tenia autoridad sobre el enfermito y que por tanto habia de ir constantemente á su lado para impedirle moverse me decia:

—Roberto, ponte un poco en el lugar de la Lisa.

Yo la obedecía y comencé de este modo á adquirir confianza con mi hijo. ¡Y qué hermoso era Juanito! El viento levantaba sobre su cándida frente los rubios ricitos y teñia de rosa sus pálidas mejillas; perdian por algunos momentos sus ojos la expresion del sufrimiento y reflejaban un rayo de su antigua brillantez; sus delgados bracitos agitábanse gozosos y batia las manitas una contra otra.

—¿Qué bonito es!—exclamé un dia en presencia de Adela.

—¿Oh!—respondió,—¡ahora? Y sus pupilas se humedecieron y parecieron mirar al pasado, como diciendo:

—En otro tiempo sí que era hermoso!

¡Y en otro tiempo yo casi no habia reparado en ello!

Por las mañanas, cuando no venia alguno de

los médicos, Adela curaba la pierna al niño, desempeñando oficio tan delicado con una seguridad, una paciencia y una solicitud admirables. Hubiérase dicho al verla que había pasado diez años de practicante de cirujano en un hospital. No se podía negar que mi mujer tenía buenas cualidades y era, por lo ménos, extraño que yo tratase de separarme de una mujer como ella, mientras tantos maridos... en fin... Pero por otra parte aquella bendita incompatibilidad de caracteres! Y luego que Adela deseaba la separación tanto como yo! Por supuesto que no había que pensar en semejante cosa, mientras durase la enfermedad de Juanito. Cuando ya estuviese curado sería otra cosa... Pero, ¿y si no se curaba? Idea era esta que apartaba siempre de mí, pero que tornaba inexorable á mi imaginación... Si no se curaba... Ciertamente que la separación entonces hacíase mucho más fácil; ¿qué vínculo quedaría entonces que á Adela y á mí nos uniese?... Si no se curaba... ¡Oh, era horrible pensar esto!

Yo que no me sentía nunca con valor para asistir á la cura, la preguntaba siempre á Adela:

—Y bien?

Peró nunca ni de ella ni de los médicos lograba obtener una respuesta satisfactoria.

La nueva visita del doctor Allinari, nos dió un resultado desconsolador.

—Hasta ahora no se nota mejoría alguna,—dijo como respondiendo á las anhelantes miradas de Adela y mías, y despues, volviendo la cabeza púsose á hablar en voz baja con sus colegas.

—Podemos esperar todavía un poco,—dijo llevándome á parte —¿Quién sabe? La naturaleza á veces hace milagros... Mas si el milagro no tiene lugar, no habrá remedio, será forzoso recurrir al último medio que la ciencia sugiere.

Los otros asintieron á esta idea.

—¡La amputación! — exclamé. La terrible palabra abrasábame la lengua y retorcí rabiosamente mi pañuelo entre mis dedos. No tardó mi mujer en reunirse á nosotros. Todo lo había adivinado, y poniéndome la mano en el hombro murmuró:

—¡Valor!

¡Y era ella quien trataba de infundir valor en mí!

—Urgencia, á decir verdad, no existe,—añadió el doctor Allinari,—pero tampoco se podrá

dejar que el mal tome demasiado incremento, si no se quiere encontrar el cuerpo exhausto de fuerzas. Yo volveré para fin de la semana que viene, y entonces...

—¿Teneis alguna seguridad de salvarlo con la amputación?—interrumpió mi mujer con voz más firme que la que yo hubiese podido tener.

—Seguridad completa no se tiene nunca, pero púedese si tener una seguridad relativa. Si el niño no fuera robusto, si todas sus vísceras no estuvieran sanas, si el mal que se le ha manifestado no tuviera una causa traumática, confieso que no me atrevería á aconsejar esta prueba... que, es seria... Pero, en fin, en el caso presente, tenemos un sesenta por ciento de probabilidades en favor nuestro.

—¡Un sesenta por ciento!—dije yo tristemente.—¿Y las otra cuarenta?

—Señor abogado,—replicó el doctor,—estamos pasando una borrasca, y no debemos hacernos ilusiones; un sesenta por ciento de probabilidades favorables valen más que un noventa y nueve por ciento de probabilidades adversas.

—¿Con que no queda otro remedio?—dije yo de nuevo con la angustia en el alma.

—Si en ocho ó diez días no sobreviene alguna crisis benéfica, no veo otro,—replicó el doctor.

—A lo ménos tal es mi parecer. ¿Qué dicen mis colegas?

Sus colegas dijeron lo mismo que él. Parecíame dos papagayos.

No pude más, y salí de la habitación mientras mi mujer le repetía al doctor:

—¿Con que volvereis la semana que viene?

Aquel mismo día aproveché un rato en que Juanito dormía, para hablar á solas con Adela.

—No, no,—la dije,—los médicos podrán decir cuanto quieran, pero nosotros no podemos dejar cortar la pierna á Juanito. Hacer de él un sér inútil, un desgraciado... No, no podemos absolutamente.

—¿Y si se muere?

—Será una desgracia, una desgracia inmensa; pero no habremos cometido una barbarie... No lo habremos sacrificado á nuestro egoísmo.

—¡Roberto! ¡Roberto! ¿Y podemos dejarlo morir?—prorrumpió ella con acento indignado.

Me faltó poco para contestar que sí; pero en vez de esto me cogí la cabeza con las manos, y la sacudí con violencia, diciendo:

—Maldita sea la medicina, y malditos sean los médicos. Todos son unos ignorantes, todos unos impostores, todos unos charlatanes!... Por qué no había uno de pasar sin ellos?

Y me levanté con violencia de la silla, exclamando con admirable lógica:

—Quiero consultar á otro más. Será el cuarto... No importa... Lo buscaré, si es preciso, en el fin del mundo.

Adela no me contradijo; pero evidentemente no esperaba nada de esta nueva consulta que yo estaba dispuesto á hacer sin saber con quien en aquel momento.

ENRICO CASTELNUOVO.

(Trad. del italiano por G. Cerrajería.)

(Concluirá.)

SONETO

Cansadas de los crímenes atroces
de Fulano, Zutano y compañía,
ante Apolo, Melpómene y Talía
llegaron desgreñadas dando voces.

Acusaron, y—¡oh tú, que ya conoces—
dijeron,—de esos vates la osadía,
tu rayo formidable les envía,
así de Dafne los placeres goces.

El dios, oyólas, y á piedad llevado,
armó en el arco horrendo una saeta
por cumplir de sus hijas el deseo;
miró, y no hallando, prorrumpió indignado:
—"A cualquier chirle audaz llamais poeta.
¿Dónde esa gente está, que no la veo?"

MANUEL FERNANDEZ Y GONZÁLEZ.

OCHOA DE MÁRMEX.

LEYENDA.

A D. Armando Palacio y Valdés.

¿Quién es el gallardo ginete que baja con majestuosa lentitud por la estrecha senda que conduce á la fuente?

No aparta de él los ojos la hermosa joven que sentada junto al abundante y cristalino manantial espera que el cántaro se llene.

No aparta de él los ojos; pero los baja, pudorosa, cuando el caballero llega junto á ella, y clava

en su angélico rostro su dulce y penetrante mirada.

—"¡Guárdete Dios, doncella hermosa! ¿Sabes hacia qué lado está la torre de Lamindano?"

—"Detrás de ese monte, sobre una loma que domina el valle. Está angosta vereda, es conducirá á ella."

—"¿Conoces, por ventura á sus moradores? Dices que Rodrigo Urtiz de Lamindano tiene una hija muy hermosa."

—"No mienten los que tal dicen: Alida de Lamindano es la más bella joven de estos contornos."

—"En ese caso no deben faltarle amantes."

—"Bastantes tiene; pero ninguno es tan noble, ni tan rico, ni, según dicen, tan gentil como su prometido, que en breve debe llegar á la torre donde le espera con grande impaciencia."

—"¿Y ama la hermosa Alida á ese caballero?"

—"Mal puede amarle, pues, jamás le ha visto."

Rodrigo de Lamindano y su íntimo amigo Inigo de Mármex, concertaron el enlace pocos meses después del nacimiento de Alida. El novio Ochoa de Mármex apenas contaba entonces nueve años. Desde aquel día el Sr. de Mármex y su hijo han estado ausentes de su país; D. Inigo estaba al servicio del rey de Castilla, y sin duda habrá llegado á vuestros oídos la fama de sus hazañas. En la reciente guerra contra los moros aún se ha distinguido más el hijo que el padre, pero por desgracia éste ha sido muerto en uno de los últimos combates. Terminada ya la guerra y vencida la morisma, el huérfano volverá muy pronto á Vizcaya para casarse con Alida de Lamindano.

Mientras hablaban el caballero y la doncella el cántaro se había llenado y el agua estaba rebosando: la joven lo nota, y, poniendo el cántaro en la cabeza, saluda graciosamente á su gentil interlocutor, y toma por la vereda que conduce á la torre de Lamindano. El ginete va tras ella, diciendo:

—"Me alegro de que tomes el camino que yo debo seguir, porque de ese modo podremos continuar hablando."

—"Voy á la torre de Lamindano, pues en ella vivo con mi tío Rodrigo y mi prima Alida."

—"¿Es posible? ¡Tú sobrina del señor de Lamindano!"

—"Eso os parece increíble porque me veis tan pobremente vestida y con el cántaro en la cabeza; pero es la verdad. Me llamo Graciosa de Lamindano, y mi padre era hermano de Rodrigo Urtiz."

—"¡Ah! ¡El señor de Lamindano trata de ese modo á su sobrina y Alida es capaz de consentirlo! ¿Debes ser bien desgraciada, pobre niña!"

—"No tanto como imagináis, pues los servidores y las gentes de armas del castillo me quieren

mucho y me tratan con la mayor dulzura. Por otra parte yo amo el trabajo, y sería feliz enteramente si mis tíos y mi prima me mostraran algún cariño; pero no tienen para mí más que palabras duras, y miradas más duras aún.

—Entonces, ¿por qué no los dejas? En cualquier parte estarías mejor.

—¿Y á dónde iré si no tengo otros parientes? Mi pobre madre murió al darme á luz; á mi padre le mató á disgustos su hermano Rodrigo, quien, no contento con arrebatarle sus bienes, envenenó su existencia de mil maneras. Pero cuando quedé huérfana me recogió en su casa, para hacer alarde de generosidad, y de buenos y cristianos sentimientos.

—¿Qué rasgo tan sublime! ¡Cuánto te compadezco, pobre niña! Por fortuna eres más bella que un serafín, y es de esperar que antes de mucho tiempo algún honrado mancebo de estos valles se case contigo y te libre de tan odiosa esclavitud.

—No te sonrojes y contéstame con franqueza. Si tu prima tiene tantos amantes, por fuerza debes también tú tener alguno.

—No lo creais. Cuando alguno de los jóvenes que frecuentan la torre es cortés y atento conmigo, ó me muestra el más leve interés, no tardan Alida y mis tíos á darle á entender que su presencia es importuna y que no debe volver á poner los piés en la casa. Dicen que no necesito mejor novio que Joanes el corcovado.

—¿Joanes el corcovado! ¿Quién es ese hombre? ¿Un corcovado para tí que eres tan derecha y tan airosa?

—El pobre Joanes es un infeliz y contrahecho idiota, más feo que una pesadilla; por eso se complacen en decir que me casarán con él, creyendo que de ese modo me afligen.

—Harás mal en afligirte. No te faltarán amantes sin corcova; pero hasta con Joanes el idiota serías más feliz que con tus parientes, que segun veo tienen tan horrible corcova en el corazón.

La jóven no contesta. Camina por el escabroso sendero tan gallarda y desembarazadamente como si en lugar del pesado cántaro no llevara sobre sus dorados cabellos más que una ligera guirnalda de flores.

El mancebo cabalga á su lado, y no se cansa de contemplar el dulce y hermoso semblante de la niña.

De ese modo llegan á la torre. El caballero admira la grandeza y solidez de la fábrica, que es de forma rectangular, la muralla exterior y los cubos de sus cuatro ángulos, el cuerpo saliente ochavado que ocupa el centro de la cortina que mira al sur, los grandes ajimeces abiertos en los espesos muros

del edificio y los adarves coronados de almenas y saeteras.

Como el rastrillo estaba alzado, tendido el puente y abierta la puerta interior, el caballero y la jóven penetraron en la fortaleza: otro muro almenado como el primero se ofrece á sus ojos, y por la gran puerta ojival en él abierta entran en la anchurosa plaza de armas, en el centro de la cual se alza la torre de Lamindano.

—Te ruego, amable jóven,—dice el caballero,—que des noticia á tu tío de mi arribo á su casa. Dile que Ochoa Iníguez de Mármex desea verle.

—¿Ochoa Iníguez de Mármex!—repite la jóven. Y despues de mirar al caballero de un modo indefinible, sube la ancha escalera de mármoreos pedáneos que conduce á la puerta principal. ¡Qué pesados está la doncella de haber sido tan franca con el forastero!

Al cabo de un momento, Rodrigo Urtiz aparece en el umbral seguido de algunos servidores. Uno de estos lleva á la cuadra el caballo del señor de Mármex, y entretanto el de Lamindano saluda cortesmente al recién llegado, baja á recibirle al pié de la escalera y le conduce al salon principal del castillo.

Allí esperan la señora de Lamindano y Alida su hermosa hija; y tan ansioso está el de Mármex de ver á su novia, que no se fija en el ancho friso de roble primorosamente tallado, ni en los tapices que cubren las paredes ni en el artesonado techo que es una maravilla de arte, de gusto y de paciencia.

Bella, muy bella es en verdad la heredera de Lamindano, casi tan bella como su prima; pero en su rostro no se ven retratados, como en el de Graciosa, el candor, la bondad y la dulzura, que son el mejor adorno de su sexo.

Su madre, la esposa de Rodrigo Urtiz, no es más que unos cuantos huesos envueltos en amarillo y arrugado pergamino; pero tiene, sin embargo, una descomunal nariz que parece el pico de un ave de rapiña, y unos ojos brillantes que miran con repulsiva expresion de maldad, de dureza, de desmedido orgullo.

Rodrigo de Lamindano presenta á las damas el caballero; ellas le reciben cortesmente, y el de Mármex entabla una animada conversacion con la momificada esposa de su huésped.

Alida le mira á hurtadillas, y parece satisfecha del resultado de su examen. Verdad es que Ochoa de Mármex es un muy gentil mancebo, y que el lujoso traje negro y las brillantes armas realzaban la belleza de su rostro y la magestad de su continente.

—¿Y cómo es, mi noble amigo,—exclama el señor de Lamindano,—que habeis venido ente-

ramente solo? ¿Cómo es que no os acompaña ni un simple esclavo?

—He dejado á mis servidores en casa de mi deudo Gonzalo de Idokiliz, donde habitaré hasta el día de las nupcias.

—No estoy muy bien con don Gonzalo, y siento bastante que os hayais hospedado en su casa.

—Ninguna noticia tenía yo de vuestras desavenencias, en cuyo caso hubiese escogido una morada que fuera más de vuestro agrado. Como el de Idokiliz es deudo y amigo mío, y como sabía que su torre no estaba lejos de la vuestra, me pareció que sería acertado hospedarme en ella. Don Gonzalo ha querido darme un servidor que me condujese aquí; pero no he aceptado, y le he pedido me dijera qué camino debía tomar, pues prefería venir solo. Y como he tenido la torpeza de extrañarme, tal vez andaría aún vagando por esos montes á no haber encontrado á vuestra linda sobrina, con quien he venido desde la fuente.

—En estas y otras pláticas llegó la hora de comer. Se sientan á la mesa, y Graciosa les sirve con aire triste pero resignado.

—Todos hacen debido honor á la abundante y bien sazónada comida, menos Alida, á quien la alegría ha quitado el apetito. Piensa en la envidia que tendrán sus amigas cuando la vean acercarse al altar con aquel gallardo mancebo.

—Graciosa escancia con profusion la deliciosa sidra y el generoso vino; la pobre niña acude á todo con presteza y esmero. Ni necesita que se le haga la más ligera advertencia, pues parece adivinar los deseos de todos.

Ochoa de Mármex está muy alegre. Hablando del día en que debe celebrarse el matrimonio, exclama dirigiéndose al Sr. de Lamindano:

—Espero que cuidareis de que aquel día no veamos á nuestro lado ningun rostro triste.

—Disponed de cuanto poseo, disponed de ello á vuestro talante para alegrar al infortunado, para socorrer al menesteroso.

—Que aquel día vea yo la risa en todos los semblantes, la alegría en todos los corazones. No seré feliz si no lo son todos los que nos rodean.

—Espero que hasta vuestra linda sobrina, que tan triste parece, cambiará de semblante para aquel día. No creo que sea imposible hacer desaparecer su tristeza y trocársela en la más viva alegría.

—Su tristeza me parece tristeza de doncella casada á quien no agrada ya la libertad, y que suspira por las dulces cadenas del himeneo.

—Jóven y linda es, á fe mía, y no os será difícil encontrar algun noble y gallardo mancebo que la quiera por esposa.

—El de Mármex ha pronunciado las última pala-

bras en tono chancero, y en el mismo tono le dice la señora de Lamindano, sin dar á su esposo tiempo para contestar:

—No necesita esa jóven que nadie se tome el trabajo de buscarle amante. Há ya mucho tiempo que lo tiene.

—Pues si ella le ha escogido, ¿ántójase me que no le faltarán nobleza, virtud y gallardía?

—Todas esas prendas, exclama Alida sonriendo malignamente, y aún otras no menos preciosas, reúne Joanes el corcovado.

—Joanes el corcovado! —dice riéndose el señor de Mármex. —El nombre no dá muy buena idea de la persona. ¡Un amante con corcova! ¡Tendrán razón los que dicen que los corcovados ejercen sobre las mujeres una singular fascinación!

—Alida, el señor de Lamindano y su esposa, acogien con estrepitosa risa estas palabras del mancebo; la horrible vieja deja ver al reir sus desmesurados colmillos.

A la infeliz Graciosa le tiemblan las piernas. Le sorprende y aflige profundamente la crueldad del caballero y apenas puede contener las lágrimas que humedecen sus bellos ojos.

—¿Lo habrá notado Ochoa de Mármex? ¿Se habrá compadecido de la probrecilla? Lo cierto es que abandona su tono zumbon, y dice, dirigiéndose al de Lamindano:

—Puesto que el día de las nupcias está tan cercano, creo de mi deber, mi noble hñesped, haceros una advertencia importante, á fin de que jamás os llameis á engaño.

—¿Os acordais de Sancho Emaldi, señor? ¿Habeis conocido jamás un mozo más sano, más robusto, más alegre!

—Pues bien, si ahora le viérais, no le reconoceríais. Triste, pálido, demacrado, macilento; ni sombra es ya de lo que fué un día.

—Dotado de un carácter débil y de un corazón demasiado bondadoso, no tuvo desde que se casó más voluntad que la de su esposa, á quien amaba con ternura: así es que ésta ha llegado á dominarle enteramente, á ejercer sobre él la más odiosa tiranía, á tratarle como á un vil esclavo.

—Sancho de Emaldi no tiene ya fuerzas para romper la pesada cadena que le oprime, y que acabará por ahogarle. Por nada en el mundo quisiera verme en tan triste situación, y fuera gran locura no tomar oportunamente medidas para evitarlo.

—Yo amaré á mi esposa y no le daré ninguna rival; ella poseerá entero mi corazón, pero en cambio deberá hacer en todo mi voluntad, humilde y alegremente.

—Para que se acostumbre á considerarme como á su absoluto señor y dueño, quiero que á lo menos durante algunos años estén encomendados á ella

los más humildes quehaceres de mi casa: ella traerá agua de la fuente, lavará la vajilla, y cuidará del aseo de la cocina. Sólo de tiempo en tiempo, cuando esté satisfecho de su conducta, la honraré permitiéndole servirme á la mesa.

Alida y su madre no saben que pensar de las palabras del caballero. Al de Lamindano le parece la chanza harito pesada, y no acierta á contestar.

—Sin embargo, al cabo de algunos instantes exclama tratando en vano de encubrir su enojo:

—Bien sé que os chanceáis, pues no os creo capaz de imaginar que Alida de Lamindano se rebajaría jamás hasta el punto de ocuparse en cosas tan viles.

—Estoy muy lejos de chancearme; por el contrario, hablo de todas veras, y si no os agrada lo que he dicho, si queréis para vuestro hijo un marido que se parezca á Sancho de Esmaldi, tendreis que buscarlo en otra parte, pues el hijo de mi padre no está dispuesto á dejarse gobernar por ninguna hembra.

—¡Por Santa María!—exclama Rodrigo Urtiz levantándose y apartando violentamente la silla.— ¡Tanta insolencia es ya insopórtable. La hija de un patan y no la dé un caballero conviene á quien tan groseramente se conduce.

La señora de Lamindano y su hija dejan también la mesa; la primera se deshace en denuestos contra el de Mármex, y Alida, la orgullosa Alida, trata en vano de aparecer fria y desdeñosa.

Sólo el joven conserva su calma, ¡solo él permanece frio y sosegado!

Se levanta de la mesa reposadamente, y exclama con tono de sorpresa:

—No sé como mis sencillas palabras, mi franqueza digna de agradecimiento, han causado aquí tan grande conmoción.

¿Creéis acaso que sólo la hija de un rústico debe ocuparse en esas faenas que tan viles os parecen? ¿Por ventura era un patan grosero vuestro hermano, el padre de Graciosa de Lamindano?

—Acercaos, hermosa niña, y nada temáis. Yo os tomo bajo mi protección.

—Decidme, ¿no haríais de buen grado lo que he dicho, y aún más, por un marido que amárais y que os amara?

—Pero no; otra cosa he de preguntaros. Si os dijera que os amo, que vuestra dulzura y vuestra resignación me han subyugado, que deseo tomaros por esposa, ¿aceptaríais mi mano?

—¿Y haríais por mí, que os amo tanto, lo que haceis por los que tanto os aborrecen?

—Responded, os suplico; nada teneis que temer, pues estoy aquí para defenderos. ¿Aceptais mi proposición?

Un sí casi imperceptible se escapa de los trémulos

los labios de Graciosa. Al oírlo la vieja, loca de furor redobla sus injurias, haciendo esta vez blanco de ellas á su sobrina, y también Alida empieza á denostar á la pobre niña; el de Lamindano dá algunos pasos hácia ella con ademán amenazador; pero Graciosa se refugia al lado del de Mármex, semejante al tímido polluelo que al ver al gavilán que se acerca, corre á ocultarse bajo las alas de su madre.

Ochoa de Mármex la tiende una mano para infundirle valor, y extiende la otra para impedir que Rodrigo Urtiz se llegue á la doncella.

El de Lamindano, vivamente irritado, lleva la mano al cinto buscando la empuñadura de su espada, mas no encontrándola, aprieta los puños y lanza un rugido de impotente furor. ¿Qué no diera él en aquel momento por estar armado, por tener un puñal ó una espada para matar á su enemigo?

Este desenvaina la suya, y dá un paso hácia el de Lamindano, sin soltar la mano de Graciosa.

—¡Ah! ¿Queréis asesinarme!—aulla don Rodrigo;—pero os tengo en mi poder, y no os escaparéis.

—Estoy en vuestro poder, es cierto; pero os juro por el alma de mi padre, que si no me dejáis partir libremente, si llamais á vuestras gentes, si haceis el más leve movimiento sospechoso, os he de matar sin compasión.

—Reportaos, pues, señor, y haced que se reporten esas damas. Reflexionad lo que os conviene hacer.

—Vuestros criados podrian quitarme la vida, pero vos moriríais primero; y por otra parte, aliados y deudos tengo que no dejarían de yengarme.

—¡Ah! mirais á la puerta! ¡Desdichado de vos si alguien atraviesa el umbral para venir en vuestra ayuda! Antes que nadie se llegue á mí os he de atravesar el corazón con la espada.

—Fuerza es que me dejéis partir libremente con vuestra sobrina; pero como sois muy capaz de enviar tras de nosotros á vuestros hombres de armas, quiero que vos mismo nos acompañeis hasta la torre de Idokiliz. Con vuestra vida responderéis de nuestra seguridad en el camino.

—Andad, señor, andad; guiadnos á la morada de mi deudo Gonzalo de Idokiliz. Iremos á pié, pues la distancia es corta, y guardareis mi caballo hasta que yo mande por él; espero que lo entregareis al que lo pida en mi nombre, y que no me obligareis á poner sitio á la torre para recobrarlo.

—Y tú, Graciosa, amor mio, no tiembles así. Apóyate en mi brazo y nada temas. Te amo tanto que me siento con fuerzas para defenderte contra el mundo entero.

—Que no te atriste tampoco el pensar que más bien que la esposa vás á ser la esclava de Ochoa de

Mármex. No te pareces tú á Alida de Lamindano ni á la esposa de Sancho de Emaldi, y no serás tratada como ellas merecen serlo.

«Tú serás mi reina y señora; cifraré mi orgullo en hacerte feliz, en colmar todos tus deseos, y te serviré de rodillas si es preciso.»

«Ochoa de Mármex es tierno y complaciente con el bueno, con el humilde; áspero é inflexible con el orgulloso.»

Algunos servidores del castillo, atraídos por la curiosidad á la puerta de la estancia, han escuchado la singular altercacion; pero como idolatran á Graciosa, se regocijan de lo que pasa, y en lugar de acudir en defensa de su señor, corren á dar noticia de lo ocurrido á los demás servidores y gentes de armas, y cada uno trata de colocarse en sitio á propósito para ver, sin ser visto, la salida de los dos caballeros y de la jóven.

Delante vá el de Lamindano, y en vano trata de aparecer sereno para que los que le vean no adivinen su humillacion.

Ochoa de Mármex y Graciosa le siguen á muy corta distancia. ¿Qué le dice el gallardo mancebo á la hermosa doncella?

«Habla tan bajito, tan bajito, que no me es posible entender lo que le dice.»

Pero sin duda debe ser algo muy dulce, muy agradable, pues la jóven baja los ojos sonriendo.

— VICENTE DE ARANA.

RELACION DE VIAJE.

Es el reino de Aragon una hospitalaria tierra, donde en la paz y en la guerra reina franco el corazon.

Cruzando sus verdes prados tres alegres pasajeros, en tres jacos caballeros y por el hambre aguijados,

Buscando cena y abrigo que gran falta nos hacia, íbamos al fin del dia por aquel país amigo.

Y al ver la cima cercana de un altivo campanario, donde llamaba al rosario la resonante campana,

Fuimos trotando á buscar la luz que alcanzan los ojos, invadiendo unos rastrojos y atravesando un pinar.

Ya el pueblo la vista alcanza,

ya se oye tras los pinares ruido de alegres cantares y de perros de labranza.

Torna el maestro de escuela de pasear con el cura, y suena en la plaza oscura el rasgar de la vihuela.

Y ya del pueblo á la entrada con muy humildes modales pedimos á unos zagales la señas de una posada.

Uno alegre y rubicundo dice: La tendrán de valde, porque en casa del alcalde hay posada *pa' tol mundo*.

Seguimos, pues, sus pisadas, y despues de andar á oscuras por estrechas angosturas y cuestras empecatadas,

Llegamos frente á un portal recién pintado de blanco, y en el cual habia un banco de reluciente nogal.

Era espaciosa la puerta, ancho el patio y empedrado; en un rincon, un arado, un azadon y una espuerta;

La escalera desigual al fin de doce escalones daba entrada á los salones de la autoridad local.

Cruzamos una antesala que decoraban sencillas las mazorecas amarillas y unas estampas de Aiala; y en la sala entramos ya, donde esperaba á los tres el alcalde, á quien despues más despacio se verá.

Era más ancho que estrecho el sitio donde nos vimos, y mil fragantes racimos pendian del alto techo.

En tersura sin igual que casi á la vista ofende, la blanca pared trasciende á la fresca y limpia cal.

Son de la estancia el adorno un sofá de fosco asiento, y diez sillas de convento de las paredes en torno.

A un lado, sobre una mesa, cintas de varios colores, que anunciaban las labores de la señora alcaldesa.

Y en amable confusion

con la aguja y el dedal,
y á la lumbré artificial
de un reluciente velon,

Un sombrero y una faja,
un tintero de vagilla,
un paquete de holandilla,
un limon y una baraja.

En un rincon un altar
lleno de santos primores,
y en él cubierta de flores,
una Virgen del Pilar.

Y en los otros tres rincones
por el orden que lo expreso,
una guitarra, y un peso,
y una carga de melones.

En las paredes colgados
dos á dos y tres á tres,
la historia de Hernán Cortés
en diez cuadros apaisados.

Un espejo, y un panderó,
una rastra de camuesas,
un reló de cinco pesas
y un retrato de Espartero.

Tal era el tranquilo hogar
del alcáldé aragonés,
donde sentimos los tres
en el punto de llegar,

De alegre sarten el sonar
y un sonar de aceite frito,
que escitaba el apetito
y ensanchaba el corazón.

II

Era el alcáldé sencillo,
de semblante satisfecho,
un hombre de pelo en pecho
y un mozo como un castillo.

Alto, fornido, potente,
robusto, de faz tostada,
franca y noble la mirada,
y ancha y serena la frente.

Viéndole en su noble agrado
le amó el alma agradecida,
como si toda la vida
nos hubiéramos tratado.

Ya la robusta alcaldesa,
digna de eternos pinceles,
tiende los blancos manteles
sobre la redonda mesa.

Y en torno sentados ya
y por su mano servidos,
cual tierna familia unidos,
la cena llegando va.

Brindan sabroso regalo
blando pan y fresco vino,
y ancho vaso cristalino

y las cucharas de palo.
Ya los hondos platos llena
la caldosa sopa hirviente
y aroma en ella el ambiente
la fragante yerbabuena.

Tras ella, de oro vestidas,
llegan chillando quejosas
las anchas magras hermosas
en blanca fuente extendidas.

Viene despues, bien servido
el capon que ostenta en torno
magnas lonjas por adorno
del oloroso embutido;

Y las berengenas rojas
y aromáticas lechugas,
que en las rizadas arrugas
de frescas y blancas hojas

Cubren la yema amarilla
del huevo en ruedas cortado,
que es adorno regalado
de la legumbre sencilla.

Postres vienen diferentes;
blanca miel, dulce mostillo
y tierno queso amarillo,
y las almendras crugientes;

Y de las huertas colmadas
ricos y sabrosos dones
los dulces melocotones
y las ciruelas doradas;

Las uvas que vierten mieles,
las peras frescas y sanas,
las encendidas manzanas
y los dulces moscateles.

Harto el estómago está
de tan abundante cena,
y obliga á decir con pena:
¡Basta por Dios, basta ya!

Y el alcáldé, sonriente,
mientras la cena reposa,
cuenta con voz cariñosa
su pasado y su presente;

Las glorias de aquella guerra
que humilló al francés odioso,
su casamiento dichoso,
la labranza de su tierra.

Alma entera, hombre de hierro
que funda sus regocijos
en su mujer y sus hijos
y en su escopeta y su perro!

.....
.....
.....

Ya en el reloj del rincon,
con sonido agudo y breve,
ha dado el cucu las nueve
y horas de acostarse son.
Ya la alcaldesa nos llama

y con la luz vá guiando, y á cada cual vá dejando á la orilla de su cama.

En ella, por dulce empeño del huésped y franco amigo, encontramos blando abrigo y tranquilo y dulce sueño.

Y cuando el sol sus fulgores vertió por los altos cerros, nos despertaron los perros y el cantar de los pastores. Al oír que la jornada continuar debemos presto, los esposos con un gesto muestran que no les agrada. Y antes de vernos partir la huerta enseñarnos quieren, porque nuestros ojos vieren cómo allí saben vivir.

Ábrese el ancho granero donde en montón soberano brilla el rubicundo grano, fruto del rústico esmero. Su oculto lujo despliega rico el caudal de las uvas, en las opulentas cubas que llenan la ancha bodega. La huerta, en sus mil labores, muestra el bien de sus hogares, en los anchos patatares y en las verdes coliflores.

Y hay al costado un jardín donde encantan el ambiente los murmurios de una fuente, y el aroma del jazmin;

Y bajo fuertes techados doce mulas descansadas, y hoces, y trillos, y azadas, y refulgentes arados.

Todo con faz placentera muestra el huésped cariñoso, mientras vá el sol presuroso remontando su carrera.

Y despues de agradecer con el alma y con la vida la dulce y tierna acogida que logramos merecer,

En los caballos subimos y como buenos hermanos, les estrechamos las manos y con pesar nos partimos.

Ellos, pidiendo perdones, de aquel humilde hospedaje, nos dán el feliz buen viaje con alegres expansiones,

Y saludando los dos

y atravesando el lugar, volviendo el rostro por dar otra vez un tierno adiós, Al ver del campo en la plana el sol con dulces reflejos, y al escuchar á lo lejos el tañer de la campana,

Y al contemplar los pastores y los humildes rebaños, la sombra de los castaños y el esplendor de las flores, Grité, envidiando la calma de aquel retiro silvestre: Oh dulce vida campestre! Oh tranquilidad del alma!

EUSEBIO BLASCO.

MISCELÁNEA.

TEATROS.

El arreglo en cuatro actos y en prosa titulado, *La tabla de salvacion*, que los señores Coello y Herrero han hecho de la obra de Emilio Augier *Les Fourchambault*, merece ciertamente los aplausos que le prodiga el público en el teatro de Apolo; y otro tanto puede decirse de los principales artistas que toman parte en su ejecucion, señoras Tubau, Zapatero, Calderon y Perez, y señores Morales, Jimenez y Guerra.

En el mismo teatro se dispone para el beneficio del Sr. Guerra la comedia arreglada del francés con el título de *El yerno del Sr. Manzano*, y se continúa ensayando la pieza titulada *Llevar la corriente*.

**

En el Teatro y Circo del Príncipe Alfonso se está ensayando, para ponerse en escena en la semana próxima, la zarzuela cómica nueva en dos actos, divididos en cuatro cuadros, original de un aplaudido autor, música de un reputado maestro, que lleva por título, *El último paraguas*, en la que tomarán parte los reputados artistas Sres. Arderius y Rossell, que ejecutarán los papeles que para ellos ha escrito expresamente el autor.

Las zarzuelas estrenadas últimamente en el teatro del Jardin del Buen Betiro con los títulos de *En la calle de Toledo* y *Las ferias*, han sido

bien acogidas por la numerosa concurrencia que llena diariamente aquel agradable sitio de recreo. En la primera, las Sras. Toda y Ramirez y los Sres. Carratalá y Riset, y en la segunda el señor Fernandez y las Sras. Nuñez, Peral y Ferreti, han sabido captarse las simpatías de los espectadores siendo objeto de sus aplausos.

Tanto por las curiosas novedades que continuamente exhibe la actual empresa, como por la notable variedad de las funciones, ha llegado á ser este año el circo de Price uno de los centros de distracción más concurridos. A las especialidades, últimamente presentadas, como Vanghan, Alves da Silva, Grant, Leonce, Abdy y Miss Sanyeah, se unirán en breve otros nuevos artistas de reconocido mérito. Además se está ensayando, para ponerlo en escena muy pronto, un gran espectáculo titulado *Las ferias de Hong-Kong*, que se compone de cinco cuadros acrobáticos, gimnásticos y bailables, y para cuya representación se está construyendo un nuevo atrezzo y vestuario, y se ha contratado un cuerpo de baile numeroso.

BIBLIOGRAFIA.

Estudios sobre los clásicos latinos aplicados al Derecho civil romano.—1.ª serie.—Los satíricos.—Horacio.—Persio.—Marcial.—Juvenal.—Por M. Benech.—Traducción de J. Martín Navarro.—Un tomo en 4.º de 240 páginas.—Madrid, 1878.—Imprenta de la Revista de legislación.

Se halla de venta en las principales librerías al precio de 12 rs.

* * *

Ejército del Centro, desde su creación, en 26 de Julio de 1874, hasta el 1.º de Octubre del mismo año, por su general en jefe el teniente general don Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque. Un volumen en 4.º de 244 páginas, con un mapa itinerario del Maestrazgo y provincias limítrofes. Madrid, 1878. Imp. de M. Minuesa.

Este nuevo libro constituye una Memoria justificada con documentos oficiales, que el distinguido general D. Manuel Pavía ha creído oportuno dar á luz, acerca de su mando en jefe del ejército del Centro, para que el público aprecie y juzgue los hechos con pleno conocimiento; cuya Memoria ha sido dedicada por su autor á la Comisión histórica

de la guerra civil, que está escribiendo el cuerpo de Estado Mayor.

Anales de la construcción.—El número XII, últimamente publicado, contiene los trabajos del siguiente sumario: "Conduccion de aguas á Trujillo (continuacion), por D. Manuel Pardo.—Exposicion internacional de París (conclusion), por D. J. A. Rebolledo.—Salvamento de naufragos, por D. Pedro P. de la Sala.—El Pabellon del Ministerio de Obras Públicas.—Estado de los ferro-carriles portugueses en 1877.—Noticias.—SECCION OFICIAL.—Subastas.—Noticias generales.—LÁMINA XV. Monasterio de Poblet."

Los venenos de la inteligencia.—El asco y sus causas, por Carlos Richet, versión española de M. de Tolosa y Labour.—Un abultado tomo en 8.º, de 200 páginas—Madrid, 1878. Precio dos pesetas.

La casa editorial de Medina, deseosa de difundir por todos los medios los conocimientos científicos, y con objeto de facilitar á muchas personas la adquisicion de este importante libro, ha hecho la nueva edicion que hoy anunciamos, despues de haberse publicado en esta REVISTA, cuyos suscritores han sido los primeros que la han conocido en España.

Un drama en el desierto, por José Alvarez Perez.—Un abultado tomo en 8.º, de 336 páginas, que forma el volumen 93 de la acreditada Biblioteca de instrucción y recreo, que hace años está publicando la casa editorial de Medina.—Madrid, 1878. Precio, una peseta en toda España.

Nuestros suscritores han sido tambien los primeros en leer esta preciosa novela, pues la hemos publicado en esta REVISTA.